

CITA EN EL MAÑANA

JOHNNY GARLAND

Dolph no tuvo otro remedio que asentir. La Meteorología le tenía prácticamente sin cuidado. Pero precisamente en aquel instante resultaba molesto que la predicción mencionada por el locutor de la televisión se cumpliera con tan inoportuna exactitud.

—Llueve mucho —añadió, por decir algo, aunque era obvio manifestarlo, ya que la cortina de agua que batía la ciudad hablaba por sí sola, frente a sus propios ojos, mientras contemplaban las amplias vías casi desiertas, de asfalto charolado por la lluvia, donde se reflejaban, como en un espejo ondulante y nítido, las formas aerodinámicas, de fulgurante colorido, de los turbomóviles y los helicars del tránsito urbano.



Johnny Garland

Cita en el mañana

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 278

ePub r1.0
LDS 05.12.18

Título original: *Cita en el mañana*
Johnny Garland, 1962
Cubierta: Giralt
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Prólogo

La historia no ha sucedido. No ha sucedido aún.

Pero puede llegar a suceder. Está sucediendo ya, en realidad. Se ha dado el primer paso hacia ello… y nunca se puede asegurar si el segundo, el tercero, y hasta el último paso llegarán enseguida. O si tardarán aún unos años… o unos siglos.

Lo cierto es que el Hombre no sólo ha franqueado ya las grandes distancias del Espacio. No sólo ha penetrado teórica y filosóficamente en los conceptos de Tiempo y Espacio, desentrañando algunos de sus pavorosos enigmas. También ha pensado en llegar, alguna vez, a remotos sistemas solares, a galaxias infinitamente lejanas de nosotros, cuyas distancias se cuentan por «años-luz» y no por millas o cientos de millas. Y cada «año-luz», señores, es de ¡seis trillones de millas!

Así se piensa en llegar a lugares del Universo situados a centenares, a millares…, incluso a millones de «años luz» de nuestro planeta. «Es imposible llegar jamás a ellos», se ha dicho.

Pero los que dijeron eso, científicos notables, grandes hombres en sus ramas del saber, han cometido un error fundamental, imperdonable en ellos: repetir las mismas palabras que otros —sabios como ellos— dijeron ya referente a las posibilidades de mantener en el aire un cuerpo más pesado que el aire mismo, a sumergir y hacer viajar una nave submarina, a emitir sonidos a grandes distancias, por medio inalámbrico, a crear un sistema de televisión, por medio de ondas electrónicas. También se dijo eso mismo de los proyectos para llegar a la Luna, para situar satélites artificiales en órbita, para situar incluso seres humanos en vuelo

orbital… Y se repitió hasta la saciedad cuando se pretendió dar la vuelta a un mundo que se suponía limitado, terminando en grandes abismos. Y cuando se afirmó que la sangre circulaba por venas y arterias del cuerpo. Y cuando se intentaba lograr la primera fotografía, y cuando el cinematógrafo era un experimento ridículo de laboratorio… y cuando se habló de rebasar la barrera del sonido. Y cuando se descubrió el microscopio, cuando se combatieron enfermedades incurables…

Sí. Es la eterna paradoja de nuestro mundo, de nuestra Humanidad. Mientras unos seres inteligentes, obstinados, geniales, hallan la chispa que crea la luz de sus inventos y hallazgos, otros seres —que no son precisamente los incultos e ignorantes, sino los propios científicos— niegan toda posibilidad al nuevo intento, si éste rebasa su limitada imaginación.

Así ha sucedido siempre. Así sucederá durante todos los tiempos, y por los siglos de los siglos. El Hombre no escarmienta; y sigue negando, negando. Repitiendo el término negativo, pesimista, demoledor.

—Es imposible… Imposible… Nunca lo lograrán. Es científicamente imposible…

Y lo «científicamente imposible» se convierte en «científicamente posible», en algo factible, real, *tangible*.

La velocidad de la luz es una de las cosas «científicamente imposibles» de hoy. Todos sabemos que se llegará a alcanzar, e incluso rebasar. Quizá no lo veamos, pero será así. *Tiene* que serlo.

Eso sólo será una parte de lo que se cita en este relato. La otra parte la pondrá la «animación suspendida». Algo existente ya, algo que se experimenta en los centros norteamericanos y soviéticos de Astronáutica con vistas a largos viajes que precisen *más de una vida humana* de duración…

Y si ambas cosas llegan a ser «posibles»…, todo lo demás puede serlo. Así nuestra historia pasa, de ser «imposible», a la categoría, muy distinta, de «improbable».

Hoy en día no es factible…, pero no es imposible.

Puede suceder. La historia de un hombre llamado Dolph Hazard puede ser la historia de cualquier hombre. La Gran Evasión puede llegar. El hecho de que aún no se haya realizado, no significa nada. Lo que hoy es hipotético, mañana es algo ya realizado y

demostrado. Así es el mundo en que vivimos.

Lo demás… lo pone la imaginación, la fantasía humana. No es nada reprobable apelar a la fantasía para envolver en brillante ropaje una posibilidad científica.

Después de todo el propio científico necesita algo de imaginación, de fantasía. O su hallazgo sería un ente frío, inanimado y pobre, incapaz de hacernos soñar. Y todavía, en nuestro tiempo, es necesario soñar.

Soñemos que la gran aventura de Dolph Hazard es posible. Soñemos que se ha realizado… o que se realizará un día. Y un Dolph Hazard irá a…

Pero eso, como diría Kipling, es la historia. Y la historia empezó así, un domingo lluvioso del año mil novecientos noventa y cinco…

PRIMERA PARTE

HOY… 1995

CITA EN EL MAÑANA



CAPÍTULO PRIMERO

EN UNA TARDE DE DOMINGO



s un fastidio. Precisamente hoy tenía que llover así…

Dolph no tuvo otro remedio que asentir. La Meteorología le tenía prácticamente sin cuidado. Pero precisamente en aquel instante resultaba molesto que la predicción mencionada por el locutor de la televisión se cumpliera con tan inoportuna exactitud.

—Llueve mucho —añadió, por decir algo, aunque era obvio manifestarlo, ya que la cortina de agua que batía la ciudad hablaba por sí sola, frente a sus propios ojos, mientras contemplaban las amplias vías casi desiertas, de asfalto charolado por la lluvia, donde se reflejaban, como en un espejo ondulante y nítido, las formas aerodinámicas, de fulgurante colorido, de los turbomóviles y los helicars del tránsito urbano.

Sobre ellos, la amplia, semicircular marquesina, les servía de

protección contra el agua copiosa que se precipitaba violentamente desde el plomizo, oscuro cielo de la tarde.

—De veras lo lamento, Erika —declaró Dolph, con un expresivo gesto—. De haberlo sabido…

—De haberlo sabido, hubiese ocurrido igual —manifestó ella secamente—. No quisiste que fuéramos a ver a los Tarleton el pasado domingo… y ya ves. Hoy es imposible desplazarse hasta allí. Todo, por culpa tuya.

El tono de reproche de Erika era inconfundible. Dolph giró la cabeza, mirando con expresión preocupada a su prometida. Observó su mirada fría, clavada en la densa cortina de lluvia que caía ante la marquesina, su belicoso adelantamiento de barbilla, y la tirantez altiva del esbelto cuello. Si replicaba algo, Erika se revolvería como un tigre.

Dolph apretó los labios, dominándose. Era mejor no provocar fricciones. No estaba en situaciones de tal cosa, y lo sabía muy bien. Erika se aprovechaba de ello. No sólo por su belleza, por sus atractivos absorbentes, sino porque sabía que su voluntad era la predominante. Tenía que serlo. Por algo era ella Erika Thuban. Y ser un Thuban, significaba algo.

—Podemos tomar el helicar y dirigirnos allí —sugirió, tras un silencio, la voz de Dolph.

—¿Y para qué? —Se irritó Erika, mirándole con un centelleo de enfado en sus pupilas color jaspe—. ¿Podríamos hacer algo aun llegando a la casa de los Tarleton? Tú sabes lo que les gusta a ellos: sus fiestas en el jardín, sus paseos en aerocar por el parque de su hacienda… Lloviendo, todo eso sería estúpido. Y los Tarleton no son gente que gusten de tomar apaciblemente el té en el gabinete, charlando con las visitas y presenciando un programa de televisión. Ni yo tampoco, Dolph.

—¿Te has preocupado alguna vez de preguntarme si a mí me gustan siquiera las visitas a los Tarleton, los Keith o los Kuiper, las horas perdidas en fiestas ridículas y en bailes ostentosos, o representaciones costosísimas, en ese ambiente social? —Salvó vivamente Dolph, sin poderse contener.

Erika le contempló fríamente, con aire acusador, casi ofendido.

—Mi querido Dolph; afortunadamente, yo no tengo que preguntar a nadie ni contar con el asentimiento de persona alguna

para hacer mi voluntad. Siempre hice lo que me entraba en gana, y ni papá ni mis primos o hermanos se preocuparon de pedirme cuentas de ello. Espero que tú no vayas a romper la norma, ¿verdad, querido?

—Pues debería de ser rota —replicó Dolph—. No soy tu padre, ni tu hermano o tu primo. Se supone que voy a ser tu marido. Tengo derecho a imponerte mi autoridad. A ser yo, en definitiva, quien decida, el que resuelva si esto o aquello se hace o no se hace, Erika…

Ella soltó una breve carcajada, echando hacia atrás su cabeza. Los largos, cobrizos cabellos, barrieron sus hombros, y rozaron la mejilla de Dolph, que apretó los labios, dominándose difícilmente cuando ella replicó:

—Mi querido Dolph, el ser novio de Erika Thuban parece que te ha trastornado un poco. ¿De dónde has sacado esa autoridad y ese afán de dominio? ¿Acaso crees poseer ya los millones y el poderío de mi padre, por el simple hecho de que hayas gustado y mi padre te haya subido en el escalafón de la Empresa, a raíz de prometerte conmigo? Pues cometes un grave error, Dolph. Un gravísimo error, ciertamente. Ni yo te autorizo a que pretendas ejercer dominio sobre mí, ni todos los triunfos están aún en tu mano, por el simple hecho de que sea yo tu novia. ¿Te das cuenta de lo que podría significar la ruptura de nuestras relaciones?

—Erika…

—Pura y simplemente, el retorno de Dolph Hazard a su condición anterior. A un puesto ínfimo en la Empresa, y a no ser nada. O a ser, incluso, despedido. ¿Y quién te aceptaría en parte alguna? ¡Nadie, Dolph! El trabajo escasea, las grandes industrias están en crisis, después de la Tercera Guerra Mundial recién terminada, y tú sabes los miles de seres que se arrastran en busca de un trabajo, los millones que hacen cola ante los centros de atención social de todo el mundo, en demanda de una comida caliente y de un lecho para dormir. Ése es el panorama de nuestro mundo de ahora. Y tú, Dolph Hazard, un joven arrogante y simpático, pero un empleadillo de última fila, milagrosamente enrolado por hallarse presente cuando su antecesor en el cargo murió de un accidente laboral, alcanza el gran honor de ser el novio de la heredera de la fortuna de los Thuban. Se resuelven tus problemas materiales,

aseguras tu futuro e incluso aspiras a ser un socio en la firma de papá… ¿Y aún quieres ser tú el que imponga criterios?

Dolph, humillado, entornó los ojos, sintiéndose herido en mil puntos de su ser a la misma vez. Sabía cómo era Erika, conocía su inconsciente soberbia de niña mimada y caprichosa, en medio de un mundo cuajado de progresos, pero también de miseria, porque ésa era la eterna cosecha que sembraban siempre las semillas malditas de las guerras, en especial de aquella tercera contienda mundial, recientemente acabada… Ella era una de las privilegiadas, de las que no conocían la angustia ni el desastre. Los Thuban no tenían por qué conocer nada de eso. Wilfred Thuban, su padre, era uno de los magnates del acero, del plastmetal y de los armamentos electrónicos que resolvieron la parte final de la guerra. Tuvo la suerte de alinearse junto a los vencedores. Y ahora su anterior fortuna aparecía centuplicada. En igual proporción que lo aparecía la miseria y la ruina de millones de seres.

Dolph se despreció a sí mismo. Por no romper con Erika, por no abofetearla en aquel mismo lugar, diciéndole todo lo que pensaba de ella. Pero Erika, además de ser una bella muchacha, capaz de atraer a un hombre, era todo lo que ella misma dijera. Si rompía el compromiso por orgullo, por varonil dignidad…, tendría que arrastrarse luego, pidiendo un trabajo que nadie le daría, porque lo que sobraban eran aspirantes a un empleo. Y él conocía las calamidades, el hambre… Él había visto morir de inanición a su madre, había sabido de su padre, muerto en el campo de batalla, de su hermano menor, que ni siquiera llegó a nacer, por culpa de las privaciones y la falta de medicamentos convenientes…

El recuerdo de aquel horror frenaba los instintos de Dolph Hazard, su revulsiva ira contra el orgullo inconsciente y malvado de la joven y hermosa millonaria que nada sabía de los azotes de la vida, que jamás se vio discutida o contrariada en cosa alguna…

—Está bien —suspiró por fin Hazard, sintiéndose miserablemente torpe, miserablemente servil por aquella concesión obligada—. Tal vez tengas razón, Erika. Disculpa si te contrarié. ¿Adónde vamos ahora?

—A cualquier sitio —ella se encogió de hombros, indiferente—. Tomemos el helicar y vayamos a Central Side. Allí hay espectáculos, atracciones a cubierto de la lluvia, donde resguardarnos por unas

horas… Será una tarde de domingo perdida, escuchando algún aburrido concierto o tomando unas copas en un club vulgar. Pero al menos, no nos estaremos reprochando cosas el uno al otro, como dos estúpidos, mientras vemos llover bajo una marquesina, igual que si fuéramos dos infelices sin medios ni recursos…

Así era siempre Erika. El desprecio para todo lo que consideraba inferior. Dolph se puso en movimiento hacia el aparcamiento. Como siempre, a él le tocaba mojarse. Su traje de sedaplast no sufrió mucho, porque era impermeable, pero su cabello y su rostro chorreaban agua, cuando alcanzó el helicar en la plataforma de aparcamiento más inmediata. Resignadamente, se acomodó ante el volante, y condujo, planeando el esbelto y cromado helicar, de carrocería azul, hasta situarlo junto a la marquesina.

Abrió la portezuela a Erika, la ayudó a subir. Ella aceptó todo eso. No como si llegara de su prometido…, sino de un criado, un esclavo o un chófer profesional. Eso tampoco podía sorprenderle mucho a Dolph Hazard.

—¡Qué odiosa lluvia! —Se irritó ella, acomodándose junto a él, y apartando con rabia unas gotas de agua inoportunas que salpicaron su frente y el mechón de rojizos cabellos que la barría de cuando en cuando.

—Es lástima que ni siquiera a Erika Thuban respeten las gotas de lluvia —comentó irónico Dolph, volviendo a poner el vehículo en marcha—. No tienen sentido del respeto y la obediencia, ¿verdad, querida?

—Tus sarcasmos no tienen gracia —replicó fríamente ella—. Al menos, a mí no me la hacen. De modo que puedes guardártelos para ti, Dolph.

—Muy bien. Siempre a tus órdenes, amor mío.

Ella enarcó las cejas, en un gesto airado. Pero Dolph conducía de nuevo, llevando diestramente el helicar a través de la lluvia y del tráfico ciudadano, casi tan nutrido por entre los edificios a la altura de los vehículos aéreos, como por sobre el asfalto ciudadano. Y Erika optó por no replicar al tono burlón de su novio.

Dolph contemplaba el exterior, sin parecer preocuparse más de ella. Sorteaba el tráfico, deteniéndose de vez en cuando, a la altura de los aerosemáforos automáticos, con su constante cambio de luces e indicación de dirección, colgados de los altos edificios unos, y

otros sobre plataformas flotantes, situados estratégicamente.

Empezaba a caer la tarde. Eso, y la densidad nubosa del cielo, sobre la gran urbe, hacía intensificar las sombras nocturnas ya. Grandes masas luminosas empezaban a centellear por doquier. Luminosos, alumbrado público, marquesinas fluorescentes y grandes cataratas de reflectores, faros de vehículos y ventanas encendidas, salpicaban de color y de luz la ciudad. Dolph contempló el fascinante panorama con cierto escepticismo amargo. Era como el disfraz rutilante para encubrir a un mendigo. Bellos edificios, luz y color… Y debajo, las lacras de miseria, de odio y de angustia, de una época terrible, pasada, pero imposible de olvidar.

Para una persona ignorante, la ciudad hubiera parecido el albergue de la superficialidad, del júbilo y de la vida despreocupada y febril de gentes sin problemas. Por desgracia, ya ni siquiera había personas ignorantes en el mundo.

—Me parece que el helicar no funciona bien —dijo de pronto Dolph, con el ceño fruncido, examinando el tablier del vehículo—. Pierde combustible. Y falla el control de dirección…

Erika miró hacia los indicadores, con expresión pensativa. Tras un silencio, asintió:

—Sí —declaró, moviendo la cabeza de arriba abajo—. No va bien, Dolph. ¿Y qué haremos ahora?

—No podemos seguir así. Es peligroso para nosotros… y para los demás. Ahí enfrente hay un aparcamiento —señaló ante sí, a través del parabrisas cubierto casi totalmente por la lluvia—. Nos detendremos aquí, Erika.

—¿Aquí? —Ella se irguió, molesta—. Oh, Dolph, ¿no puedes elegir otro sitio mejor? Éste… éste es un distrito suburbano, una zona poco recomendable y…

—Yo puedo elegir cien sitios, Erika. Pero el helicar, no —sostuvo fríamente Dolph, dirigiéndolo directamente a la plataforma de aparcamiento—. Esto se pone peor. Podría ocurrir un desastre si seguimos así durante unas calles más. Es preferible quedarse aquí. Tomaremos un turbocar público.

—¡Será muy difícil, con este diluvio!

—Esperaremos a que pase uno, Erika. No hay otra solución.

—¿Dónde esperaremos? —chilló la millonaria—. ¿Bajo la lluvia?

—Hay bares, cines y espectáculos también en esta zona. Mira

allí, frente al aparcamiento: «Fantasy». Es un teatrillo de variedades. Podemos entrar a ver el espectáculo…

—¡Nunca! ¡Prefiero incluso soportar la lluvia! —Sostuvo ella, resuelta—. ¡No entraré en un cuchitril de ésos, Dolph! ¡Oh, qué tarde de domingo!

* * *

Dolph sonrió. Pero ella no le devolvió la sonrisa. Por el contrario, enarcó sus finas cejas cobrizas, con expresión de ira, y entornó sus ojos, deslizándolos por la sala, no repleta de público, ni mucho menos, a pesar del día festivo y de los precios económicos de aquel local.

—Al menos, no nos mojamos. Y no es ningún cuchitril… —comentó Dolph.

—Para los de tu clase, evidentemente, así debe ser —fue la dura respuesta.

Dolph apretó los labios. No respondió. Era mejor no hacerlo. Ya había logrado bastante, convenciendo a Erika para entrar en el teatro «Fantasy», después de sus primeras y rotundas negativas. Aunque el mérito no fuese suyo, sino de la lluvia y del feo aspecto de los hombres y mujeres que frecuentaban los bares de aquel distrito, libertino y poco honesto, prueba de la auténtica corrupción de la ciudad, bajo su apariencia digna y fastuosa.

Erika se había decidido por lo menos malo, entre todo lo de aquel distrito, el teatro de variedades. Y, ciertamente, no era un feo lugar. Su platea, agradable y bien decorada, con una simplicidad de líneas realmente sobria y modernista. El escenario, ya iluminado, estaba a punto de alzar su verde telón, mientras las luces indirectas de la salita se iban reduciendo suavemente. El público no podía decirse que fuera realmente aristocrático. Pero tampoco era de la especie infrasocial que se viera en los largos mostradores y en las mesas que había de los bares cercanos.

—Ya empiezan —dijo entre dientes Dolph, sin que ella le respondiese, al parecer incómoda en el asiento.

Unos músicos invisibles, o acaso tan sólo una perfecta grabación magnetofónica, se cuidó de que por unos amplificadores bien situados, surgiera la música, pegadiza y alegre, para poner en

situación a los espectadores.

En el escenario, un grupo de chicas, vestidas de plata y negro, exhibieron sus bellas pantorrillas, en un número coreográfico de regular factura. Pero las curvas de las muchachas suplían todo posible fallo, y el público, al menos el masculino, no apreció las imperfecciones técnicas del número.

En el escenario, tras otro número arrevistado, donde las chicas vestían de oro y azul, pero con mucha menos tela que las anteriores, surgió una voz espectral, en medio de un cuadro de sombras y luces rojas, anunciando al público:

—Y ahora, señoras y señores, la atracción máxima del «Fantasy»… El gran preconizador y telépata excepcional, el hombre que todo lo ve… ¡«Karwy, el Supremo»!

Un fondo musical extraño, con acordes ululantes, con voces corales que parecían retumbar en invisibles muros rocosos, invadió el teatro. La luz roja se hizo más intensa… Era la preparación habitual para tales cosas. Pero sin saber por qué, Dolph Hazard se estremeció, impresionado.

Surgió una luz verdosa, rodeando una sombra alta, poderosa, impresionante… «Karwy, el Supremo» aparecía en escena…

CAPÍTULO II

PREMONICIÓN


eñores, yo soy capaz de penetrar en los ignorados mundos del silencio y el misterio, en los ámbitos ocultos del Pasado y del Futuro. Yo, «Karwy, el Supremo», alcanzo con los ojos de mi mente incomparable, ese «más allá» que abarca la Vida y la Muerte, cruzo esas fronteras imposibles que son las del Espacio y el Tiempo, para poder ofrecer a aquellos que crean en mí, a quienes acepten la verdad inmutable de mi visión ultrasensible, de mi capacidad de vidente fabuloso, jamás precedido por ningún otro, a través de los tiempos… ¡Pregunten a «Karwy, el Supremo»…, y él les responderá a las más tremendas interrogantes!

Dolph sonrió, escéptico. Ciertamente, el hombre tenía capacidad de charlatán, y no era mal actor. Parecía creer cuanto decía. Y, lo que era más sorprendente, su físico le acompañaba de forma notable. Poseía un rostro ancho, poderoso, de recias mandíbulas,

boca carnosa, barba recortada, casi satánica, cabello crespo y oscuro, de leonino aspecto, ojos llameantes, profundos y vivos, y un corpachón ancho y macizo, al que su negra ropa y su amplia capa daban un aire realmente sobrenatural. Las luces y la música de fondo hacían el resto.

Siguió el espectáculo. Erika bostezaba, aburrida. Dolph se divertía, sin embargo. Un poco por la ampulosidad teatral de «Karwy», y otro poco por ver irritada a su novia, tan alejada y tan desconcertada en un ambiente tan lejano de su brillante y necio mundo social…

La segunda parte de «Karwy», auténtica «*vedette*» del espectáculo suburbano, aún resultó más divertida, Era él quien estudiaba los rostros de las personas, plantándose ante ellas, a lo largo del salón, por el pasillo central del patio de butacas.

Decía cosas divertidas, cosas dramáticas, cosas absurdas. Y así, fue acercándose a la fila donde se acomodaban Dolph y Erika, junto al pasillo.

Ellos no habían hecho preguntas antes, ni miraron al mago de vía estrecha, para evitar enojosas situaciones. Por ello el brujo se dirigía directamente hacia las filas de atrás, pasando de largo ante ellos.

Su capa flotaba tras él, a medida que daba largos pasos, y les rozó, como las alas de un murciélago gigantesco y siniestro.

De repente, sucedió algo extraño, teatral e imprevisto, que hizo dar un respingo a Dolph y girar la cabeza, con extrañeza, a Erika.

Se había detenido bruscamente «Karwy». Clavaba sus ojos en ellos, girando lentamente la cabeza, leonina y ancha. Las pupilas ardientes parecían dos bolas de fuego moviéndose hacia ellos, desde el fondo de sus cuencas.

—¡Usted! —dijo con voz tensa, dramática, mucho más profunda y singular que la utilizada hasta entonces—. Usted… ha venido.

Dolph enarcó las cejas, sorprendido. Erika miró a uno y otro con estupor, no exento de incomodidad, porque empezaban a ser ellos centro de la curiosidad general.

—Por favor —pidió Dolph, en voz baja—. Siga usted, «Karwy». No nos interesa ser parte de su actuación. Perdone la brusquedad, pero tenemos derecho a ser respetados en nuestro deseo, como espectadores.

«Karwy» pareció ofendido, airado. Pero fue apenas un momento. Luego, encogiéndose de hombros, sin quitar sus ojos ardientes de ellos; mejor dicho, sin quitarlos de Dolph, pues era a él a quien contemplaba fijamente, de forma casi obsesiva.

—Muy bien —dijo—. «Karwy» es inteligente. «Karwy» sabe… No tema. La señorita Erika Thuban no tendrá motivo de enfado. Ella pertenece a un ambiente distinto, comprendo sus prejuicios…

Siguió adelante unos pasos, mientras Erika dilataba enormemente sus ojos, y Dolph boqueaba, incapaz de hablar. De todo lo que hiciera en escena «Karwy», esto era lo más asombroso de todo. Y, sin preocuparse de Erika siquiera, llamó con voz seca, sin gritar:

—¡Espere! ¡«Karwy», espere…!

Éste se detuvo. Una sonrisa flotó en sus labios. Parecía haber aguardado ya algo así… Erika se irritó visiblemente, enrojeciendo bajo las miradas de los demás espectadores:

—Oh, Dolph, te prohíbo que llames a ese farsante. Me marcharé si…

Dolph no la hizo caso. «Karwy» se había vuelto. Su corpachón enorme cerraba el pasillo totalmente, ante la fila de butacas iniciada por la pareja.

—Usted conoce a… a esta señorita, ¿no es cierto? —acusó Dolph —. Por eso alardea de adivino y todas esas zarandajas… Ella es popular, de familia conocida…

—Pero usted no, señor Hazard —sonrió enigmáticamente «Karwy», meneando la cabeza en forma negativa—. Usted no es conocido… Y yo sé que usted es Dolph Hazard, novio de Erika Thuban…, empleado en la industria de su padre…, y dominado por el orgullo de esta bella joven, porque su rebeldía significaría perder novia, empleo y seguridad…

Sonaron algunas risas alrededor, mientras Dolph palidecía. Sin embargo, la palidez de Erika era mucho mayor.

—¡Le prohíbo que hable así! —jadeo Dolph confuso—. Es… es inaudito…

—Pero cierto —se inclinó, sonriente, con una reverencia suave de su gigantesca figura—. Cierto del todo, señor Hazard…, y usted lo sabe.

—¿Qué pretende? ¿Adónde va a parar con… con todo esto?

¡Usted no ha podido averiguar lo que dice, a base de su absurda y estúpida magia!

—No hay magia en mí, señor Hazard, como usted dice —sonrió «Karwy el Supremo»—. Yo no he dicho que sea mago ni ilusionista ni nada de eso. Yo soy preconizador. Mi mente se proyecta al Pasado o al Futuro… y con mucha más facilidad al Presente más alejado de mí. Mi extrasensibilidad recibe imágenes de ese mundo inaccesible para los demás. Y las puede revelar a los que me escuchan…

—¡Tonterías!

—No, no son tonterías, señor Hazard. La mente humana es un extraño elemento sobre el que los sabios y la Ciencia misma no han llegado a averiguar demasiado —la seriedad de «Karwy» resultaba impresionante. Se inclinó un poco más sobre Dolph, y añadió, con una solemnidad escalofriante, y en un tono de voz que sólo permitía ser audible a Dolph y a Erika—: Yo, señor Hazard…, sabía que usted iba a venir hoy. Sabía que Dolph Hazard se sentaría en esa butaca…, y podría recibir el mensaje.

—¡Eso es ridículo! —se mofó Dolph, irritado—. ¡Estamos aquí por pura casualidad, por un fallo en nuestro vehículo, por…!

—Los designios de Dios son inescrutables, señor Hazard —suspiró «Karwy», glacial—. Y lo que tiene que suceder…, sucederá. Porque así ha sucedido, allá en el Futuro…

Sonaba a grotesca, a teatral. Quizá «Karwy» llevaba demasiado lejos la farsa. Pero no había duda de que sabía muchas cosas. Demasiadas, para ser un actor vulgar de variedades. Dolph, aun a su pesar, le espetó una pregunta:

—Ha hablado de un «mensaje». ¿Qué nueva superchería es ésa? Será mejor que se exprese claramente…, antes de que avise a un agente de policía para arrestarle.

—No temo lo que dice, señor Hazard. Porque yo sé que nunca llamará a un policía… Eso no sucederá. Sin embargo, ha sucedido lo que tenía que suceder. Dolph Hazard está en la butaca número uno de la fila once… Y podrá recibir el mensaje… No es ninguna superchería, señor Hazard. Alguien le llama a usted, señor. Le llama a través de mi mente. Yo lo sé, yo capté la llamada… Yo vi a la persona que la emitió… a la persona que le está esperando ya…

—¡Está loco! —Se irritó Dolph, sacudiendo su cabeza con

rebeldía—. ¡Todo eso no es más que una sarta de teatralidades grotescas, encaminadas a lucirse usted ante el público!

—Puede creer eso. Puede pensar lo que quiera de mí, de su enlace «Karwy», del hombre excepcional que puede transmitirle un mensaje imposible… Un mensaje que solamente un hombre puede recibir: usted, Dolph Hazard. Ella lo dijo. Ella sabía que usted iba a estar aquí hoy, que yo podría verle, transmitirle la cita…

—¿Ella? ¿Una cita? —Erika se irguió, tensa, sobresaltada. Ahora, su mirada hacia Dolph fue virulenta—. ¿Qué significa eso, Dolph? ¿Hay alguna mujer por medio? ¿Es eso?

—Que me ahorquen si lo sé, Erika —gimió Dolph, confuso—. No entiendo nada de nada… Este hombre…, este hombre me trastorna, quiere comprometerme tal vez…

—No, señor Hazard. Nada más lejos de mi propósito que perjudicarle. Le estoy diciendo la verdad. No tema, porque usted nunca se casará con Erika Thuban. Ella lo sabe. Yo también… Usted tiene que acudir a esa cita.

—¿Otra vez la cita? —se exasperó Dolph, a punto de saltar y golpear al mago.

—Sí, otra vez. Es el mensaje, después de todo. Usted, señor Hazard, tiene una cita en el Futuro, una cita para dentro de quinientos años…. ¡Con esa mujer!, y ella se llamará Saknya…

Hizo un gesto dramático, teatral, extendiendo su brazo hacia el escenario, haciendo un ademán espectacular con su mano grande, enguantada de negro…

Erika y Dolph, instintivamente, miraron hacia la escena. Tras el absurdo «mensaje» del mago, parecía llegar la demostración práctica de «teleportación».

Sin embargo, en torno de ellos hubo exclamaciones de decepción, cuando la gente miró hacia el escenario, en busca de lo que «Karwy» hacía aparecer mágicamente ante sus ojos:

—¡Oh, si no hay nada ni nadie ahí…!

—¡Todo es puro fraude, fantasías de ese farsante!

—Yo veo el escenario tan vacío como antes…

Ésos eran los comentarios. Dolph se estremeció, sin apartar los ojos del escenario. Su palidez aumentó, en tanto Erika hablaba, con voz aguda y dura:

—¡Ésta es una burla molesta e insoportable, Dolph! ¡Ahí no hay

nada! ¡Eso te demuestra la farsa indigna que estamos viviendo! ¡Vámonos de aquí, vamos ya! ¡Avisaremos a un policía…!

Pero Dolph no contestó. No se movió. No desvió los ojos del escenario.

Nadie veía nada, «Karwy» parecía haber fracasado rotundamente… Y, sin embargo, ¡él estaba viendo en el escenario la figura de una mujer asombrosa! ¡La figura de aquella imposible «Saknya» invocada por el preconizador…, y que, según él, le había citado para dentro de cinco siglos, en algún lugar del Futuro!

* * *

Era la más increíble y extraña mujer que jamás viera o imaginara Dolph Hazard.

Quizá también la más bella.

Los cabellos eran sedosos, de un rubio ceniza, casi azulado. Los ojos, grandes, rasgados, centelleantes, de profundo tono dorado, tras la seda azulada de sus pestañas, largas y suaves. El rostro, el más perfecto óvalo imaginado por un maestro de pintores o por un genio de la escultura. Y en ese óvalo, una nariz breve, recta, apenas siluetada. Unos labios carnosos, de jugoso tono fresa. El cuerpo era una escultura auténtica. Una escultura en carne y hueso, de rosada piel, de curvas suaves, con el aire ingrávido y sutil de un genio o un personaje de «El sueño de una noche de verano». Chispas de luz en torno, ramalazos de tejido o de luminiscencia que fingiera hilado de estrellas, de polvo centelleante, como materialización de luz astral, en un irisado fabuloso de matices dorados, azules, plateados, brumosos.

Su cuerpo parecía desnudo, según como uno lo viese. Pero luego se advertía que no era así. Aquella luz, tejido o lo que fuese, lo envolvía tenuemente, como una docena de tules sutiles, dibujando solamente su silueta, el tono rosado de su piel, pero sin denunciar formas salvo en sus perfiles suaves, ligeros, ingrávidos…

Dolph Hazard sintió en el acto el hechizo, el influjo extraño, sorprendente, de aquella imagen irreal, fantástica, como proyectada a través de lo imposible y de lo eterno, a lo largo y lo ancho de dimensiones ignotas. Aquella mujer no podía ser una ilusión del teatrillo de variedades de tercer orden. No podía ser una invención

de «Karwy» y su ingenio histriónico. No había mujeres como aquélla, no existían trajes de luz, ni siquiera en el mundo progresista y ultramoderno de 1995. Era… como asomarse a lo que aún no era. A lo que estaba por venir. Por un momento, Dolph Hazard sintióse inmerso en la bruma luminiscente y vaga de lo imposible, de lo incorpóreo, como lanzado a las simas insondables, tenebrosas y a la vez diáfanas del mundo futuro, de los tiempos que estaban por venir…

Era como una evasión. La fuga de un presente, de una realidad penosa y lamentable, en la que un hombre podía llegar a sentirse como un ser inferior, como un ente dominado por ambiciones, apetitos, necesidades viles, a ras del suelo, a nivel del fango y de la miseria espiritual y material más execrable…

Luego, de repente, todo esto cesó. Se quebró, como el fino cristal tallado de una copa exquisita, lanzada bruscamente contra el suelo, donde se rompiera en mil pedazos.

—¡Oh, esto es insoportable! ¡Si tú estás dispuesto a aguantarlo…, yo no! —gritó bruscamente Erika.

Y violentamente, Erika le apartó, saliendo de la fila, dando un empellón al propio «Karwy», alejándose, rápida y dueña de sí, hacia la salida del teatrillo.

La imagen femenina del escenario se borró. Volvieron las luces rojas, en la penumbra. «Karwy» respiró con fuerza, inclinó el rostro, macizo y ancho, que de repente parecía profundamente envejecido, cubierto de arrugas cansado y triste. Meneó lentamente la cabeza, con aire penoso.

—Lo siento… —musitó—. Lo siento de veras… El trance ha terminado. Ya no puedo… no puedo sostener más la imagen… Es un esfuerzo terrible, señor Hazard… Realmente terrible… y agotador… Pero usted… usted ha visto a Saknya ahora… Solamente usted, entre todos los presentes… Recuerde que tiene una cita con ella, para dentro de quinientos años.

Dolph se puso en pie, vacilante, estremecido. Su piel aparecía brillante por el sudor. Miró fijamente «Karwy», le espetó rudamente una palabra hiriente, acusadora:

—¡Farsante!

Luego, se incorporó él también, le dio un empellón y echó a correr. Poco después alcanzaba el exterior, buscando a Erika por

todas partes.

Había cesado de llover. Vio pasar rápidamente un turbocar de alquiler. Le pareció que Erika iba dentro e hizo señas frenéticas. Pero ni su ocupante se inmutó, ni el conductor detuvo el vehículo. Desapareció como una exhalación por las avenidas de asfalto mojado.

Dolph Hazard, abatido y confuso, se quedó solo, bajo la iluminada marquesina del «Fantasy». Dentro del teatrillo de variedades, volvió a sonar la música. Música alegre, vivaz. Seguramente el conjunto de chicas, con menos ropa todavía, estaría bailando, tras la actuación tremendista de «Karwy el Supremo»…

Dolph se sintió terriblemente solo, terriblemente vencido y ridículo. Sin saber lo que hacía, echó a andar. Goteaban los salientes, las marquesinas, escurriendo la reciente lluvia acumulada. Pero eso no le importaba. Los goterones golpeaban su ropa, sus cabellos… Indiferente a todo, Dolph Hazard se alejó sin rumbo fijo, bajo las luces de la noche del domingo.

CAPÍTULO III

LA SEGUNDA LLAMADA



olph, muchacho… Te he llamado porque Erika me ha hablado de ti en términos realmente inesperados para mí…

Hazard no dijo nada, no se movió. Mantúvose erguido, frente al todopoderoso, al omnipotente, al magnífico Wilfred Thuban, el prohombre enriquecido a costa del dolor, la sangre y los padecimientos ajenos. Como casi todos los que se enriquecieron en el mundo, desde 1995 hacia atrás…

El gran despacho de Thuban resultaba de una aplastante magnificencia, de una impresionante estructura, donde todo era colosal, demoledor y tremendo, desde la figura de Wilfred Thuban hasta la enorme puerta de acción automática, que daba paso al santuario del gran hombre.

Y allí estaba él, un simple funcionario de la gran industria. Un

futuro aspirante, sin embargo, a la sociedad con Thuban, a escalar los más altos puestos, a ser un poderoso magnate…, aunque movido por la tiranía caprichosa de una mujer mimada y rica, como Erika, y la sombra omnímoda y terrible del gran Thuban, cabeza y corazón de aquel cuerpo industrial, complejo e inmenso.

—Bueno, espero que me digas algo, Dolph —habló Wilfred, con voz poderosa—. Te he hablado de Erika. Si lo que ella dice es cierto, tendrás algo que decir en tu descargo…

—No sé lo que Erika dice —repuso tras un silencio Hazard—. Es posible que ella tenga razón. Pero necesito saber lo que es ese algo, para admitir su razón, señor.

—¡Diablo, Dolph, mi hija no miente! ¡Si me ha venido a contar algo…, es que ese algo ocurrió! —Se inclinó hacia él, sobre la gran mesa negra y lustrosa, espejeante como si fuera toda ella de cristal —. Erika dice… dice que la humillaste en público, en un lugar indigno y mísero, que mantuviste conversación con un individuo lamentablemente bajo, que se gana la vida haciendo trucos baratos en un escenario… y que preferiste escuchar a aquel tipo que marcharte de allí con ella, evitándole de esta manera un bochorno vergonzoso.

—Erika pudo discutir eso conmigo, en vez de decírselo a usted —observó Dolph.

—¡Yo soy su padre! —aulló Wilfred, irguiéndose.

—Y se supone que yo soy su futuro esposo. Es cuenta mía esa cuestión, señor.

—¡Es cuenta de Erika… y mía! No me gustó que eligiera novio fuera de su esfera social, pero he transigido, porque me pareció humano permitir que Erika, ya que es la mujer más rica del país, pudiese elegir el hombre que su corazón le dictara. ¡Pero la autoridad es mía! ¡Y yo soy quien debe oponerse a que ciertas cosas, impropias de la clase y condición de Erika, puedan hacerse por parte de un mequetrefe sin sentido, demasiado habituado a los bajos fondos y a la clase inferior!

—Un momento, señor Thuban. Yo he nacido y vivido entre una clase inferior, es cierto —asintió Dolph—. Pero de eso, a aceptar lo que dice, media un abismo. No sé si tiene razón o no, desde su punto de vista. Sin embargo…, el que posean tanta fortuna no debe ser razón para que sea Erika quien mande y yo quien obedezca.

—¿Ah, no? —las cejas pobladas, grandes, del gigantesco Wilfred, se enarcaron, con gesto casi violento—. ¡Magnífico, jovencito! ¿De modo que el humilde, insignificante Dolph Hazard, está dispuesto a mostrarse rebelde y enfrentarse a los que le dan de comer e, incluso, le ofrecen un porvenir mejor, que nadie soñaría con alcanzar?

Hazard apretó los labios, dominando su rebeldía, pensando en lo que significaría encararse en forma abierta a aquel tirano, ya que ello no sólo implicaría la ruptura con Erika…, sino la pérdida de su trabajo, el regreso a las privaciones, a las angustias y a los problemas sin solución posible, dentro de un mundo caótico, viviendo una posguerra en la que, como en todo periodo que sigue a una contienda, los que más la sufrieron siguen soportando lo más doloroso, y los especuladores viven en la más dorada de las supremacías económicas.

Dolph Hazard no era un cobarde. Pero reconocía que era un resignado, un tolerante que dominaba su rebeldía por el recuerdo hiriente de tantas y tantas cosas de estremecedora proximidad.

Así que terminó respondiendo, suavemente, casi con humildad:

—Disculpe, señor Thuban. Sé que le debo el trabajo, y por ello el trozo de pan de cada día. También sé que ha sido un honor permitir que un hombre como yo cortejase a Erika. Lo agradezco y lo sé reconocer en su justo valor. Pero ayer, Erika fue más irritable que de costumbre. Y creo que se excedió en su apreciación de las cosas.

—Eso es más razonable. —Wilfred Thuban respiró con fuerza, dominándose—. Sí, mucho más razonable, muchacho. No voy a quitar razón a mi hija, claro está. Pero tampoco se la daré toda en este caso. Sé que está mimada y consentida, y eso influye mucho en ciertas cosas. Pero recuérdalo, no me gusta que se la contraríe. Yo no lo hago, y no permito que lo haga tampoco otra persona. Con mucho menos motivo, el futuro marido de Erika. A fin de cuentas, si ella sólo es mujer…, el hombre debe admitir la autoridad de su esposa, cuando ésta es la que tiene el dinero.

Era una peregrina teoría acomodaticia. Dolph casi se sintió envilecido, al inclinar la cabeza, sin fuerzas para negar, pero tampoco para afirmar. Se mantuvo en un silencio pasivo, fatalista mientras el prohombre continuaba:

—Soy un hombre de negocios, Hazard. Tú eres un buen chico, y

me agrada que llegues a ser el marido de mi hija. Pero precisamente porque estoy habituado a exponer las cosas con crudeza, sin hipocresías, es por lo que te digo esto: será mejor que sepas transigir con los pequeños defectos de Erika. Toda mujer los tiene. Y no todas las mujeres pueden dar a su marido la tranquilidad absoluta, una vez casados. Si te casas con cualquier otra chica, ¿qué sucederá? Seréis dos personas en dificultades. Tú, sin trabajo, aun con todas tus condiciones, tardarás meses, si no años, en situarte de nuevo. Y añade a eso tu esposa, tus hijos… Créeme, Hazard. Erika es joven, bonita y rica. Si la quieres lo suficiente, tolérale sus defectos, y trata de ser feliz a su lado. El porvenir que te aguarda merece la pena. Y al otro lado, tú sabes lo que te esperaría…

Dolph Hazard abandonó el gran despacho, sintiéndose humillado como nunca. No ante un ser como Wilfred Thuban, carente de espíritu y de sentido de la humana dignidad, sino ante su propia conciencia. Pero lo malo era que Thuban tenía razón. El hambre o la comodidad eran las dos alternativas. Y el que ha pasado años de hambre y de angustias, sabe lo que significa eso. Aprende la dura lección de que la dignidad humana no remedia las privaciones tremendas, ni las enfermedades y carencia de medios elementales se curan con posturas nobles y honestas.

Él había visto, durante los años de la Tercera Guerra Mundial, a mujeres que llegaron a la degradación más profunda, y sólo por necesidad. Después de todo, también un hombre podía prostituirse, llegado el caso. Su propio ejemplo, era bastante expresivo…

—Me he vendido —musitó, cruzando las amplias galerías aéreas que, como un inmenso, metálico y plateado sacacorchos, rodeaban en espiral la encristalada torre de las «Grandes Industrias Universales Thuban»—. Me vendí por un puñado de monedas y una comodidad asegurada, a una familia que sólo conoce un Dios y un espíritu: el dinero…

Se contempló en una de las altísimas vidrieras. Asqueado de sí mismo, de su debilidad, de su temor a todo lo pasado, de su angustia ante la sola idea de que se repitiese lo que hizo morir a tantos millones de seres, en una pesadilla tan próxima. Su figura, empequeñecida por la grandiosidad arquitectónica del gran edificio, le pareció grotesca, ridícula, como la de un pigmeo, como la de un personaje de Liliput trasplantado mágicamente al mundo

maravilloso —y cruel a la vez— de aquellas postrimerías del siglo XX, en la primera y más hermosa ciudad del mundo. La primera también en miseria, en hambre, en heridas bélicas aún sin cicatrizar…

—Después de todo, Dolph Hazard —habló a su imagen, como si ésta pudiera comprenderle y contestarle—, no eres nadie ni mereces serlo. Cásate con Erika. Y vive la vida que quieres vivir. Es como vender el alma. Sólo que hace años, era el Diablo quien la adquiría. Y ahora…, una mujer hermosa, como Erika. Pero el resultado, a fin de cuentas, difiere muy poco…

Inclinó la cabeza, abatido. Siguió adelante, por la gigantesca espiral cromada, en dirección a las zonas verdes que rodeaban el gran edificio. Subió en su helicar. Un bello y moderno vehículo. Era su propietario, sí. Pero el dinero lo había puesto Erika. Como en todo…

La jornada de trabajo había terminado. Lo que restaba del día era invariablemente monótono. Llegar a casa, hacer una llamada por televisófono a Erika… Cenar, leer alguna publicación, presenciar la televisión en la coloreada pantalla tridimensional, y luego retirarse a la alcoba sin sonidos, tender el cuerpo en el lecho suspendido, de espuma flotante. Dormir unas horas, hasta que el nuevo día marcase otro inicio de jornada. Y vuelta a empezar…

* * *

El emisor-receptor cayó sobre su soporte. En la pequeña pantalla de color, la imagen de Erika se borró, para diluirse en un azul fluorescente, que también se apagó. Había terminado la conexión.

Dolph Hazard respiró con fuerza, después de haber terminado la charla por televisófono. Sentía que llegaba al límite de sus fuerzas, a la línea definitiva de su resistencia física y moral. Erika había estado dura, violenta. Con sus caprichos, con sus acritudes, con sus virulencias de niña mimada, Erika le dominaba más que nunca. Y la rebeldía dominada, aplastada por la necesidad humana de sobrevivir a un mundo caótico, parecía rugir dentro de él, parecía esforzarse en brotar, en emerger, imperiosa y violenta, por encima de toda clase de temores…

Se dejó caer en un asiento, se pasó una mano nerviosa, que

transpiraba un sudor frío, viscoso. Encendió el televisor mural. En la pantalla de vitroplast empotrada en el muro —como en todos los de los edificios de su época, ya que la TV era algo como la luz eléctrica, el lavabo o la cocina—, empezaron a desfilar imágenes en color y estereoscopia. Noticias políticas, deportivas, de espectáculos, informaciones científicas, con la charla de un sabio que aseguró estar haciendo investigaciones trascendentales, a punto de desembocar en una novedad revolucionaria para la especie humana; referencias a catástrofes meteorológicas en lejanas latitudes, con inundaciones, terremotos; datos sobre el último vuelo espacial de colonización al planeta Venus, recién conquistado por el hombre…

Le cansó todo eso. Cerró el dial de la televisión. Se incorporó de nuevo, con aire fatigado. Se encaminó a la terraza exterior, asomada como una cornisa audaz sobre el conglomerado ingente de edificios blancos y metálicos, con profusión de vidrieras, en los que la tarde iba poniendo su festón de luces multicolores.

Sin saber siquiera la razón, una idea absurda le vino a la mente: *Saknya*.

Evocó la imagen extraña, brumosa, de la fantástica, inexistente Saknya, la invención imaginativa de «Karwy el Supremo».

La hermosa mujer que nunca existió, y que un hábil truco de la magia del actor de variedades llegó a dar la impresión de que era real. Sugestiones así, se daban con frecuencia en los escenarios. Pero Dolph aún se sorprendía de la imaginación del actor. ¡Imaginar nada menos que una cita con una mujer a la que le faltaban aún cinco siglos por nacer!

La idea no dejaba de tener gracia. Y, ciertamente, no hubiera estado mal que aquella tontería fuera posible, y el disparatado «salto» al futuro hubiera estado en la mano de Dolph Hazard. A él le hubiera gustado, ciertamente. Quizá porque, en cierto modo, era soñar. Soñar con una evasión. Y la evasión, significaba huir a una realidad penosa y amarga, a un mundo en el que existía la fortuna de los Thuban… y la miseria y el paro indefinido en el lado opuesto.

Pero la evasión de todo hombre está en sí mismo, en su voluntad. Dolph sabía eso. Y también sabía que nada podía hacer. Porque él no tenía voluntad. Ni convicción para arrostrar el peor de

los destinos que un hombre podía sufrir en aquel tiempo.

Su mirada se deslizó, recorriendo toda la gran amplitud de la ciudad iluminada, centelleante, sobre la que se concretaban ya las sombras de una noche sin lluvia, pero con nubes.

Dolph suspiró. Entornó los ojos. Sentía sueño. Y cansancio. De algún lugar lejano llegaba una musiquilla dulce, perezosa, lánguida…

Se sobresaltó, abriendo de nuevo los párpados. No debía dormirse en la terraza. Era peligroso. Un tambaleo, una torpeza… y podría precipitarse al vacío, sobre la calle de la gran urbe, desde aquel nivel elevado, veinte plantas sobre el nivel del asfalto.

Se retiró, retrocediendo hacia la vidriera abierta, para volver a la intimidad de su vivienda. De pronto, lanzó una imprecación. Un estupor inmenso le invadió. Fue al alzar su cabeza y fijar la mirada en el cielo, cubierto de nubes.

Eso, al menos, era lo que había visto antes. Pero ahora…

Ahora, sólo un par de segundos después… todas las nubes habían desaparecido.

Miles de estrellas, la impresionante nebulosa de la Vía Láctea, absolutamente todos los astros y constelaciones de un cielo de otoño, surgían en el azul casi negro, parpadeantes y luminosos en las distancias infinitas…

—No… —musitó, perplejo—. Eso… ¡*eso* no puede ser!

Ciertamente… no podía ser. En buena lógica, no podía haber sucedido nunca. Pero estaba allí, ante sus ojos. Y no podía caberle la menor duda. Era real. Las estrellas fulguraban, distantes. Se estremeció. No veía visiones. Ni las vio antes, porque el cielo estuvo nublado durante todo el día, lo recordaba muy bien.

—Es asombroso —masculló por fin, con aturdimiento—. Pero ha ocurrido. A fin de cuentas, eso es lo que vale…

Se apoyó en el cristal de su ventanal, todavía contemplando estupefacto aquellos astros. Era extraño. Pero la música, aunque seguía sonando, tenía un matiz distinto, más sutil y enervante que antes…

De repente, volvióse, sobresaltado. Algo así como un ciclón había abierto de súbito la puerta de su habitación, de par en par. La corriente fue tan violenta, pese a que no soplaba la más leve brisa en el exterior, que las vidrieras se cerraron de golpe, con un

peligroso crujido de los vidrios, que los desgajó en varios puntos. Los fragmentos de cristal cayeron, haciéndose añicos, a los pies de Dolph Hazard, en la terraza asomada a la ciudad.

—Pero… ¿pero qué diablos es esto…? —jadeó Dolph, estupefacto, aferrándose al ventanal para no caer, para no ser arrastrado por aquel repentino ciclón que lo sacudía todo alrededor suyo.

Y, sin embargo, su esfuerzo parecía inútil, algo le arrastraba, en alas del viento, hacia el peligroso borde semicircular, sin baranda ni repecho que frenase el salto al vacío…

De pronto, tuvo conciencia de que algo sucedía detrás suyo, y mientras luchaba con aquel viento, volvió la cabeza, miró hacia atrás, a las vidrieras de su destrozado ventanal… Un grito ronco, de horror y estupefacción, brotó de sus labios ante lo que vio allí dentro…

¡«Karwy, el Supremo», en persona, se erguía en medio de su habitación, iluminado por un resplandor verdoso, y le señalaba con su enguantada mano, solemne como un fantasma, gritando roncamente palabras que llegaban hasta los oídos de Dolph Hazard, envueltas en el aullido del viento!

—Dolph Hazard, recuérdalo… —le avisó aquella voz sobrenatural y fantástica, mientras el viento le empujaba más y más, tirándole de espaldas hacia el borde de la terraza, altísima y sin protección—. ¡Dolph Hazard, he venido a recordártelo, porque solamente yo…, yo, «Karwy el Supremo», tengo el poder superior que me permite penetrar en lo Desconocido, proyectar mi mente al Futuro… y recibir de allí un mensaje de urgencia, una llamada de auxilio, terrible y patética, dirigida al único hombre que puede responder a ella! ¡Y ese hombre… eres tú, Dolph Hazard! ¡«Tú»!

El viento ululaba con creciente poder. Y parecía como si la voz fantástica de aquel ser asombroso, tuviera la virtud de crecer, de aumentar su diapasón, a tono con el aullido del aire…

—¡Recuérdalo, Dolph Hazard! —insistió, con ojos llameantes—. ¡Tienes una cita en el futuro…! ¡Una cita en el mañana, con una mujer llamada Saknya! ¡Tienes que acudir a esa cita el día 10 de octubre del año 2495…! ¡Para entonces, Saknya te estará esperando!

—Dios mío… El diez de octubre —jadeó Dolph, ya cerca del

borde mortífero, luchando desesperada e inútilmente con la corriente mortal que le arrastraba—. ¡El diez de octubre… Era ayer! ¡Un diez de octubre, como ayer, cuando estuve en aquel teatro… Pero dentro de quinientos años…! ¡No, no…! ¡Es imposible… es imposible!

La lucha terminó. «Karwy» seguía voceando terriblemente, señalándole, acusador, entre risas sarcásticas, que ahora sí se iban perdiendo en el aullido del viento, hasta desaparecer por completo. Su voz monocorde, repetía las mismas emplazadoras palabras:

—¡Recuérdalo, Dolph Hazard…! ¡Recuérdalo…! ¡Tienes una cita con Saknya! ¡Una cita con Saknya…!

Luego, ya no escuchó más. Sólo el aullido del viento. Y el silbido aterrador de su cuerpo, al hender el aire, camino de la calle…

Dolph Hazard había sobrepasado el borde de la terraza. Había caído al vacío.

* * *

Estaba cayendo. Caía, caía, caía…

El asfalto estaba más y más cerca, los edificios, el suelo, el cielo tachonado de estrellas… Todo giraba alrededor suyo, como un carrusel fantástico y apocalíptico.

Cerró los ojos, dejándose caer, hundiéndose en el vacío, camino del choque de muerte, allá abajo…

De repente, pasó algo. El choque no llegó. No llegó nunca.

Se sintió frenado bruscamente sobre algo, como si de pronto se pudiera poner en pie sobre el aire, flotar en el vacío, paseando en la nada… Abrió los ojos, perplejo, sin sentir choque alguno.

El aire no silbaba en torno suyo. Ni siquiera había viento ni sonido ululante ya. Atónito, miró alrededor. La terraza, bajo sus pies, como algo sólido… La vidriera de su piso, abierta aún. La puerta del gabinete, cerrada. Ni un vidrio roto. Todo incólume, normal… Y el cielo… ¡el cielo cubierto de nubes grises!

—Dios mío, no… —musitó, estrujándose la cara entra sus dos manos crispadas—. Esto… esto no puede ser… ¡No ha sucedido nada! ¡No ha sucedido nada!

Recordó que había tenido cerrados los ojos antes de «ver» todo aquello. Y ahora, iba a cerrarlos de nuevo… la gran sorpresa. Miró

de nuevo en torno. Todo seguía igual. Como si hubiera vivido una alucinación pasmosa. Sólo que no parecía haber sido una alucinación… Todo fue tan vívido, tan real… A pesar de su absurda apariencia.

Avanzó, como en sueños. Pisó el gabinete, lo escudriñó todo. Ni rastro del ilusionista teatral. Nada de nada. Ni un lugar donde ocultarse. Su imaginación le había jugado una mala pasada. Si «Karwy» era un «preconizador», como él decía, él debía de ser un supersensitivo. O un chiflado. Sólo así se explicaba este fenómeno.

—Sólo existió en mi imaginación —suspiró en voz alta, tocándose ambas sienes—. ¡Sólo en mi imaginación…!

Se apoyó, fatigado y maltrecho, en la mesita de su gabinete. De repente, lanzó un grito ronco, terrible. Crispó la mano, retirándola de la mesa, como si ésta fuese una plancha candente que pudiera abrasarle.

Sus ojos dilatados, convulsos, se clavaban en algo… algo que aparecía allí, sobre su mesa. Precisamente apoca distancia de donde apoyara los dedos…

Era una cartulina blanca, una tarjeta bastante grande. Y en ella, escrito en caracteres grandes y firmes, de un color verde oscuro, un párrafo estremecedor:

P«*Dolph Hazard, es el diez de octubre del 2,495…*

P*¡No lo olvide! Y no ha sido imaginación…*».

Capítulo IV

Impactos



omo ha dicho, señor?

El empleado levantaba la cabeza, mirándole por encima de la escoba eléctrica, que producía un zumbido continuado e irritante, como un muro de sonido entre ambos. Incómodo, Dolph Hazard hundió las manos en sus bolsillos y repitió, alzando algo su voz:

—Quiero ver a uno de sus actores. Enseguida.

El empleado del «Fantasy» se encogió de hombros. Hizo correr un palmo más su escoba eléctrica. Luego, como si advirtiera la exasperación del visitante, pulsó un resorte del mango niquelado. El objeto cesó de zumbar. Dolph respiró, aliviado.

—Perdone, pero no sé lo que me dijo —declaró el hombrecillo, ante la ira de Dolph. Señalóse un oído y declaró, con la mayor ingenuidad—: Soy algo sordo, señor…

Hazard le hubiera zarandeado de buena gana. Pero no sería una

política prudente con el hombre de quien esperaba precisamente los informes necesarios para el caso que allí le llevaba.

Sonrió, apaciguador —apaciguador, especialmente, consigo mismo—, y habló de lo más serenamente que le fue posible, tras un chasquido de sus crispadas mandíbulas:

—Escuche, buen hombre. He venido a verle desde el barrio alto de la ciudad, exclusivamente para hablar con un hombre que trabaja aquí. Un tal «Karwy». Tiene que decirme dónde lo encontraré…

—¿«Karwy»? ¿«Karwy el Supremo»? —indagó el hombrecillo, con aire de sabiduría.

—Eso es, sí. Es usted un tipo inteligente. ¿Puedo entrar a verle?

—¿A verle? ¿A quién?

—Oh, por Dios… —Se dominó con un esfuerzo poderoso. Aulló luego—: ¡A «Karwy el Supremo», por supuesto!

—Ah, eso es diferente —el hombrecillo sonrió, radiante—. Debió hablar antes con más claridad, señor… Er… ¿ha dicho «Karwy»? Pues lo siento, señor, pero él no está aquí.

—¿No está? ¿Y tardará mucho en venir?

—Hoy no vendrá, señor.

—No vendrá… Pero ¿por qué? —Miró Dolph su reloj—. Son las siete… Falta poco para empezar la función… No logro entender eso muy bien. Él debería estar para…

—Está todos los días, señor. Pero hoy es martes —sonrió el de la escoba eléctrica. Señaló luego un muro del amplio vestíbulo del teatrillo—. Mire eso, señor.

Dolph miró hacia donde le indicaba el empleado. Era una maldita casualidad. Pero el hombre tenía razón, aunque ello pudiera parecer increíble. «Karwy» no vendría aquel día. El rótulo era terminante:

HOY, MARTES, NO HAY FUNCIÓN. DESCANSO SEMANAL DE LA COMPAÑÍA. VUELVA OTRO DÍA, AMIGO. GRACIAS.

Tenía su sentido del humor aquel aviso cortés. Pero a Dolph, maldita la gracia que le hizo. Irritado, masculló entre dientes. Luego una idea le acudió:

—Bueno, trataré de verle en su casa. Usted sabe dónde puedo encontrarle, ¿verdad?

—Oh, pues… sí. Yo sé dónde viven todos los artistas, pero… pero no estoy autorizado a decirlo. Compréndalo, señor. Son normas fijas, que por nada deben de ser alteradas, y que…

Dolph le interrumpió, tendiéndole una moneda. El hombre la contempló, sorprendido. Era de cien «créditos». Una generosa propina. Las «normas fijas» se alteraron con una facilidad pasmosa, cuando el conserje del teatro hubo guardado aquel dinero en su bolsillo.

—Vaya a New Side Park, Nivel Tres —informó—. Allí vive «Karwy», en un departamento, señor. Pero no le diga a nadie, ni siquiera a él, que yo le envío. Perdería mi empleo. Y nunca más encontraría otro…

—Lo creo, amigo —suspiró Dolph—. Sé lo que es eso…

Palmeó suavemente en la espalda del hombre, y se alejó apresuradamente, hasta su helicar, detenido frente a la fachada principal del «Fantasy». Naturalmente, tenía un solo rumbo a seguir ahora: New Side Park, Nivel Tres… No quedaba lejos de allí, en plena zona de artistas, bohemios y gente pobre.

El helicar le condujo sobre el dédalo laberíntico de las calles más angostas, con casi treinta años de antigüedad sobre sí. Por fin, considerando lo difícil y poco práctico de tal sistema de transporte en un distrito tan superpoblado y tan poco modernizado, dejo el helicar en una plataforma de aparcamiento, y continuó su marcha a pie, tras descender de la plataforma aérea hasta el nivel callejero, en el veloz turbo elevador de la torre de aparcamiento.

Siguió adelante por las calles, hasta dar con New Side Park, una zona algo más ancha, situada frente a la verja de un viejo parque, que ahora empezaba a modernizarse con jardines artificiales, para darle algo más de belleza al feo barrio.

El Nivel Tres, abarcaba desde el piso doce al dieciocho, y una ruta en serpentín, en torno al gran bloque residencial de aquel edificio, le dejó finalmente en la puerta de entrada al Nivel.

En el acto vio que sucedía algo extraño allí. Había gente. Mucha gente en la puerta. Y su gesto era extraño. Serio, sombrío. Como si la razón que les atrajera allí no fuese demasiado grata. Vio también a varios agentes uniformados, con su rutilante uniforme azul y plata de la Guardia Espacial del Aire. El coche aéreo de la Patrulla Volante, aparecía aparcado frente a la casa.

—¿Qué sucede? —indagó de uno de los presentes, curiosamente—. ¿Algún incidente?

—No, amigo. Un accidente tan sólo —respondió el otro, encogiéndose de hombros, sin mirarle apenas—. Un tipo cayó desde la ventana del piso dieciséis a la calle… Se hizo papilla. Dicen que era un ilusionista, un adivino de teatro. Pero el tipo no pudo adivinar su muerte, desde luego…

El hombre rió el chiste, como si tuviera gracia. Dolph le hubiera aplastado el puño en la cara, de muy buen grado. Pero optó por alejarse. Luego, ceñudo, sombrío, se acercó a los agentes que controlaban la entrada a la vivienda. Saludó a uno, y preguntó:

—¿Quién ha sido el accidentado, por favor?

—¿Le interesa mucho saberlo? —indagó el policía, intrigado.

—Es posible que sí. Venía a ver a una persona de esta casa. Tengo interés por saber si fue ella la que…

—Se trata de un actor, un ilusionista teatral. Un tal «Karwy el Supremo» —se le notificó—. Y será mejor que suba a ver al oficial de patrulla, si es cierto que venía a ver precisamente a esa persona…

Dolph no contestó nada. En lugar de ello, con todo énfasis, pasó junto al policía… y entró en la casa, dirigiéndose al ascensor que le conduciría al piso dieciséis.

Ahora, ya sabía que no podría hablar más con «Karwy». Había muerto. Tal y como él mismo se vio, la noche antes, en el vacío… ¿Premonición también? ¿O algo más complejo aún? ¿Telepatía, percepción extrasensorial, psicoquinesis?

Dolph Hazard estaba demasiado aturdido para saber discernirlo. Lo único cierto era que empezaba a parecerle todo perfectamente normal. Era como habituarse a lo sobrenatural, a lo imposible… y aceptarlo como cosa razonable y lógica.

* * *

—¿Era usted amigo de él, señor Hazard?

—No. Solamente le vi una vez. El domingo en el teatrillo. Eso fue todo, oficial.

—¿Por qué ha venido, entonces?

—Es una cosa rara. Le parecerá, además, estúpida. Pero llegó a

preocuparme.

—¿El haberle visto en el teatrillo? —sonrió el oficial, sorprendido.

—No. Lo que me dijo allí. Algo absurdo, sí. Pero que anoche mismo me hizo sufrir una alucinación… Una terrible alucinación que tiene cierto punto de contacto con… con lo que le ha sucedido a él. ¿Es totalmente seguro que se mató ese hombre, oficial?

—Oh, sin lugar a dudas —asintió el policía—. Estaba solo en casa cuando cayó. Incluso unos vecinos le vieron caer. No sólo en un piso, sino en tres cercanos y distintos. Le vieron llegar hasta el borde de su terraza, mirar abajo… Le avisaron que se retirase, que era peligroso. Y luego, ese pobre hombre lanzó una carcajada, pareció que iba a retirarse… y algo parecido a una corriente de aire le lanzó al vacío. Así lo refieren los que lo vieron.

—Una corriente de aire… —dijo, muy pálido, Dolph.

—Oh, incluso hay quien asegura que fue más que eso: un repentino soplo de viento… —El oficial rió—. Es absurdo. No hubo viento hoy.

—¿Fue hoy?

—Si, cuando aún no era pleno día. Amanecía, señor Hazard…

—Un soplo de viento… Como en mi alucinación, pesadilla, o lo que fuese…

—¿Quiere tener la bondad de referirme todo? —se interesó el oficial—. Así será mejor, señor Hazard.

—Sí, perdone. Le contaré todo, Aunque ya le advertí que a usted le parecerá una cosa grotesca, carente por completo del menor sentido…

—Aun así, me gustaría oírla. Por favor, señor Hazard. A ver si aclaramos algo colaborando ambos.

Dolph empezó su relato…

* * *

—… y ahí ha terminado todo. Con mi llegada aquí concluyó Dolph, con un suspiro.

El oficial de la Patrulla Volante, le miró entre perplejo e impresionado. Parpadeó, incorporándose y frotando sus manos con aire pensativo, antes de responderle, con tono suave, concentrado:

—Bueno, todo eso… todo eso es tal como usted dijo: absurdo e inverosímil. Pero evidentemente, su visión, alucinación o lo que fuese que tuvo usted anoche… se ha cumplido en otra persona. Yo he oído cosas así anteriormente. Y la moderna Medicina admite la existencia de fuerzas psíquicas asombrosas en ciertas mentes humanas, capaces de emitir a distancia, de conseguir, incluso, la proyección de cosas que no existan, y que otra persona cree «ver» ante sí, perfectamente materializada.

—Sí, es muy posible todo, oficial —dijo Dolph Hazard, pasándose una mano por la frente—. Pero existe esa nota, escrita por «Karwy», que apareció en mi gabinete. No creo que nadie sea capaz de escribir por telepatía. Y la mujer que vi en aquel escenario… era asombrosa. Algo fantástico, oficial. Como si realmente fuese una mujer del futuro, de algún planeta remoto, no sé…

—Por Dios, señor Hazard, no se deje impresionar por trucos de adivino —le avisó, sonriente, el oficial—. No cabe duda de que el infortunado «Karwy» tenía una fuerza de sugestión formidable. Pero nada más. O él hubiera estado en un lugar muy distinto al que usted lo vio actuar. Y su gran poder psíquico, de nada le valió a la hora de morir, de forma harto estúpida e imprudente…

—Sí, es un modo extraño de morir, lo admito —suspiró Dolph Hazard—. Parece como si realmente hubiera deseado perecer…

—¿Suicidio? ¿Es su teoría? —Meneó la cabeza, dubitativo—. No lo creo, Hazard. Si pensó hacerlo, rectificó, porque los vecinos le vieron retroceder, asustado. Y entonces…

—Entonces, un soplo de viento inexistente, se lo llevó —dijo con voz tensa singular el joven Dolph, haciendo entornar los ojos al oficial, con aire perplejo—. ¿Ve, oficial? Hay algo extraño, algo terrible y sobrenatural en todo esto… Lo supe, lo intuí desde un principio. Hay algo más que simple magia de teatrillo de tercer orden. Algo más que psiquis y poder hipnótico. Algo más… que me asusta y me da escalofríos… Y comprendí que aquello, fuese lo que fuese, no era de este mundo. Se ha hablado a veces del viento de los Siglos, como una expresión literaria… Pero quizá sea algo más, oficial…

—Vamos, vamos, será mejor que se retire a descansar —le aconsejó el oficial—. Está trastornado con todo lo que ha sucedido

últimamente. Y la muerte de «Karwy», victima quizá de sus propios alardes psíquicos, le ha acabado de confundir. Creo que lo que aquel infeliz pretendió, era precisamente inquietarle, llenarle de terror y dudas. Hay tipos de esa clase. Para él, sería como… como un motivo de orgullo profesional. Y quizá, a la larga, un medio de extorsionarles a usted y a su rica prometida…

Hazard meneó la cabeza negativamente, mientras se dirigía a la salida, con paso lento y cansado. Habló grave, pensativamente, en respuesta a la teoría del policía:

—No sé, no sé… Quisiera creer que todo se reduce a eso. Pero existe otra cosa… Y algo me dice que «Karwy» no fue ningún malvado… Más bien un amigo. Un buen amigo que quiso transmitirme algo llegado de donde los demás no podemos penetrar, oficial…

Salió de la casa con aire fatigado, mecánico. El oficial le vio salir, meneó la cabeza, preocupado, y manifestó a sus hombres de la Patrulla Volante:

—Ese pobre chico tardará algún tiempo en olvidarse de todo esto…

* * *

No era un sueño confortable ni mucho menos.

Bañado en sudor, sobresaltado, sintiéndose caer en una sima sin fin, cuyo fondo era todo negruras, Dolph Hazard saltó en el lecho, dando un grito terrible. Angustiado, jadeante, miró en torno. Encendió la luz, y comprobó que estaba en su lecho de siempre, rodeado de sus objetos familiares, y con la ventana cerrada herméticamente, con la persiana plástica corrida, pese al pegajoso calor de la noche nublada de otoño.

Había tenido una pesadilla terrible, cortada varias veces por respingos nerviosos. Sueños en los que «Saknya», la enigmática mujer del pelo rubio-azul, de los ojos dorados, envuelta en ropa de estrellas y de brumas luminosas, se mezclaban, como visiones fantasmales, al borde del abismo sin fin, flotando en medio de un huracán ululante y siniestro, llegado de una región de sombras informes, distantes y rojizas, como el resplandor de un incendio alucinante en una región de eternas tinieblas…

Encendió un cigarrillo, nervioso, espasmódicamente casi. Abrió el compartimiento de su mesilla, y extrajo un frasco plano de licor. Tomó un largo trago y se sintió mejor.

Su mente recordaba cosas raras. Estaba seguro de haber oído nombres diversos en su sueño: «Saknya», sobre todos. Repetido varias veces por la figura de «Karwy», por la propia Saknya, con una voz extraña, musical y melosa, que se perdía en el viento.

Pero eso no tenía nada de particular. Lo raro es que ahora, despierto, recordaba otra serie de nombres: Spyka… Ersu… Skaal… Enerpolis…

Fumó, procurando reparar la tensión de sus nervios desquiciados. Todos esos raros nombres se repetían, zumbaban en su mente, de forma alocada, delirante. Y con todo ello, una fecha, repetida hasta el enloquecimiento:

Diez de octubre de 2495…

Tenía que dormir. Dormir reparadoramente. Recordó que tenía unas tabletas somníferas en el cajón de su mesita. Extrajo el tubo. Ingirió dos, ayudándose con otro trago de licor.

Se tendió en el lecho, apagando su cigarrillo. Dispúsose a dormir de nuevo, ahora artificialmente. Pero todo era mejor que luchar con pesadillas, angustias y terrores inexplicables.

Durmió apaciblemente. Despertó muy tarde. Tanto, que el sol estaba ya muy alto, entre los jirones de nubes rasgadas. Llegaría tarde al trabajo. Eso no le gustaba a Thuban. Habría complicaciones con el retraso. Pero ya nada la importaba demasiado.

Se aseó, vistiéndose rápidamente. De súbito, sonó el zumbador del televisófono. Lo contempló, ceñudo. Imaginaba quién llamaría. El encargado de su sección en las Grandes Industrias Thuban. Se encaminó al emisor-receptor de sonido e imagen. Estaba irritado. Sería capaz de replicar cualquier cosa en aquel momento.

Cuando descolgó, comprobó, intrigado, que ninguna imagen aparecía en el rectángulo de visión automática. Quizás estuviera averiado. Encogióse de hombros y preguntó:

—¿Quién llama? Aquí Dolph Hazard…

De momento, no se oyó a nadie. Luego, ocurrió algo raro, escalofriante. Un ulular extraño, el mismo de sus sueños, el mismo de aquel viento de su alucinación de dos fechas atrás, brotó del auricular, haciéndole estremecer.

Pero no fue eso solo, sino una voz. Una voz extraña. Como metálica, producida por simples vibraciones o sonidos armonizados, de forma que pareciesen una voz, sin serlo realmente. Igual que el virtuosismo de un músico, haciendo «hablar» a un instrumento de percusión…

Pero aquellos sonidos o lo que fuesen, aquella «voz» extraña e inhumana, emitía palabras perfectamente claras, inteligibles, rotundas y secas:

> «Llamo a Dolph Hazard… Aquí “Ersu”… Aquí “Ersu”, Dolph Hazard. No venga. No venga nunca. Es la muerte. Para usted… Y para Saknya. No venga jamás. Nadie puede hacerlo. Quédese en su tiempo… “Ersu” le advierte. Olvide a “Karwy”, olvide a Saknya… olvide todo. “Ersu” se lo advierte… y rechazar la advertencia de “Ersu”, que llega a usted desde el año 2495… ¡Es morir!».

El aullido del viento, la voz fantástica, absolutamente todo, dejó de sonar por el auricular del aparato receptor. Se hizo el silencio para inmediatamente, sonar el zumbido de conexión, y aparecer en la pantalla la imagen temida. El gordo Karl, encargado de su sección, en las Factorías Thuban, emergió, con gesto ceñudo: su voz tonante y agria brotó del auricular, irritada:

—¡Ya está bien, Hazard! ¿Qué mil diablos te has creído? ¡Todavía no eres el yerno del patrón! ¡Y ya sabes las normas de la Empresa! ¡No se admite llegar tarde A NADIE! ¡Vamos, maldito dormilón, emprende el camino enseguida! ¡Tienes diez minutos de margen… o tendré que informar al patrón! ¡Diablo, Hazard, no me comprometas más!

Se apagó la voz y la imagen. Dolph colgó el receptor. Nunca había sido el gruñón de Karl tan tolerante. Sin duda lo hizo al ver su expresión por la pantalla del televisófono. Dolph sabía perfectamente el rostro que debía tener en ese momento, tras haber oído la voz sobrenatural y estremecedora, llegada, como dijera su dueño, DESDE EL AÑO 2495…

Era imposible. Absurdo… Pero Dolph Hazard empezaba a temer

que todo aquel horror no era un simple fenómeno psíquico o hipnótico. Lo había sospechado antes, lo había temido casi desde el principio, y sólo la fría lógica, el razonamiento sensato, le apartó de tan enloquecedoras ideas.

Pero ahora… Ahora la seguridad aumentaba. Desde el Futuro, parecía haber llegado un mensaje. Un mensaje telefónico, cruzándose con un mensaje vulgar, de la época actual. Por eso no hubo imagen. El Futuro no puede proyectar formas. Pero tampoco podía emitir voces. Ni materializarse a gusto de «Karwy», como lo hiciera en el teatrillo la figura prodigiosa de Saknya…

El último impacto había sido terrible, estremecedor. Aquel aullido del viento siniestro, aquella voz metálica, de percusión espasmódica y fría, no podía ser de este mundo, de su mundo… Era otra cosa.

Y no quería ni siquiera saber lo que fuese. Pero lo cierto era que acaso «Karwy» no realizó con él ninguno de sus trucos. Simplemente, alguien, desde un lugar imposible, en el Tiempo, había utilizado su poder mental, su fuerza de premonición y de telepatía, para servirse de él como intermediario entre dos épocas separadas por cinco siglos…

Y en esas dos épocas, dos seres distintos, jamás cruzados en sus caminos:

Dolph Hazard, el Presente… Saknya, el Futuro.

Y un tercer personaje: la voz metálica, chirriante, cruel. El que se llamaba, a sí mismo, «Ersu»…

Pero ¿por qué la amenaza? ¿Por qué el contacto alucinante… si nadie podía viajar al pasado o al futuro, salvo en las fantasías novelescas y en las teorías filosóficas?

¿Cómo iba a poder él, simple y oscuro funcionario a punto de casarse con una mujer rica, en un presente materialista y limitado, proyectarse a otro lugar en el Tiempo?

Era absurdo, grotesco, disparatado. Pero…

CAPÍTULO V

¿PROYECCIÓN?



o siento, Dolph. Son las órdenes. Te será descontado el treinta por ciento de tu sueldo… Es por la demora de aquella mañana. Si no lo hiciera y Wilfred Thuban llegara a saberlo… perdería mi puesto.

—Está bien, Karl. Haz lo que quieras —suspiró Dolph—. ¡Oh, Dios, en momentos así es cuando comprendo el odio de las gentes! Y cuando me disculpo a mí mismo por haber caído tan bajo… y aceptar el dinero de una mujer como único porvenir seguro.

Karl le contempló, pesaroso. Contrariado, hizo el descuento obligado. No podía hacer otra cosa, y Dolph lo sabía. Cobró el resto del sueldo semanal. Agitó una mano hacia el gordo Karl, que puso un gesto implorante.

—Por favor, amigo Dolph… ¿lo entiendes? —se lamentó—. Yo no quisiera, pero…

—Claro, Karl… No te preocupes. Yo lo entiendo todo muy bien. Menos a mí mismo. No comprendo como soporto… cómo no me rebelo…

Se alejó por la explanada, frente a los grandes edificios, camino de la salida del recinto industrial, con la cabeza baja y la mente ocupada por infinidad de ideas encontradas.

—¿Subes, querido?

Alzó la cabeza. Era ella. Erika le llamaba desde su helicar, parado ante el complejo industrial paterno. Risueña, bella y sugestiva, con su ropa ceñida al cuerpo ondulante y sinuoso. Abría la portezuela, invitándole a subir.

Dolph respiró con fuerza. Subió, sin replicar, sentándose junto a Erika. Ella, alegremente, puso el vehículo en marcha. El helicar subió en el aire, remontándose sobre edificios y estructuras. Ella canturreaba una cancioncilla. Parecía feliz, radiante.

—No estás muy hablador hoy, querido —declaró alegremente.

—No tengo motivos para ello, Erika. Me han descontado parte del sueldo, sólo porque una noche dormí mal y recuperé el sueño por la mañana.

—¡Oh, eso! —Ella agitó una mano, quitándole importancia—. Querido, dime lo que te hace falta, y yo te lo daré. Eso no es problema.

Dolph Hazard giró la cabeza como si le hubiera picado una víbora. Miró fríamente a la joven y replicó, tajante:

—Eso es lo que me irrita de vosotros, Erika. El dinero no es problema para vosotros. De acuerdo. Para mí, sí lo es. ¡Y no quiero dinero tuyo! ¡Me asquean las limosnas de los grandes, Erika!

—¡Dolph! —Ella pareció sorprendida. Le miró, con los ojos muy aciertos—. No tienes por qué hablarme así. No me gusta. Si vas a ser mi marido, es natural que te habitúes a eso. Después de todo… ¿de quién será el dinero?

—¡Tuyo! —Hazard se volvió, violento y áspero, clavando en ella su mirada metálica, endurecida súbitamente—. ¡Tuyo y de tu querido papá, Erika! ¡Y empiezo a estar harto de eso! Mejor sería dejarlo, ¿entiendes? Dejar nuestra boda, olvidar esta gran estupidez que significarla unir dos vidas tan distintas, dos caracteres tan dispares como los nuestros.

Erika apretó los labios, con gesto furioso. Sus pupilas

centellearon, y su rostro reflejó la ofensa, la dolorida humillación sufrida ante Dolph. Algo a lo que ella no estaba precisamente habituada.

—Eso… eso no te lo perdono, Dolph —silabeó, muy pálida—. Estás insultándome. Y eso es como no saber lo que haces ni lo que dices. Si rompemos el compromiso, Dolph… ¡será tu ruina! ¡Papá procurará dejarte fuera de la industria! ¡Él no toleraría esta humillación!

—Además, coacción, chantaje vil… —Dolph Hazard se estremeció, asqueado—. Me dais náuseas, Erika.

—¡Dolph! —Ella dio un brusco giro al helicar, para eludir un choque. Un vehículo, más poderoso y amplio, silbó amenazadoramente junto a ellos, rozando incluso la carrocería del helicar, y haciéndole dar un tumbo en el aire, antes de enmendarse.

—Vale más que conduzcas con prudencia —avisó fríamente Dolph Hazard. Sabía lo que estaba haciendo. Y ni siquiera le importaba—. Encontrarás otros muchos imbéciles o cobardes como yo, capaces de casarse por vivir seguros y con dinero. Yo, Erika, sé lo que significa esto para mí. Voy a pasarlo muy mal desde hoy. Pero es preferible así. No te amo. Creo que no te he amado nunca. Pero te hubiera podido soportar, al menos, si tú hubieras tenido el sentido suficiente para hacer llevadero esto, y hasta quizá hubiésemos llegado a ser felices. Tu maldito dinero, tu soberbia de niña mimada y todo eso, lo echó a rodar. Lo siento por ti. Pero también por mí, Erika. Ahora, para ahí mismo. Me apeo. Puedo continuar hacia casa yo solo. Será menos violento de esta manera.

Erika no respondió. Pero sus labios encajados, su rostro pálido y crispado, hablaban claramente de la dura prueba por la que su altivez estaba pasando. Viró con violencia en torno a una esquina urbana, para alcanzar una plataforma de aparcamiento y detenerse allí.

Todo salió mal. Un poco, por su ira y sus nervios de aquel momento. Otro poco, porque el otro vehículo también iba alocadamente y no supo evitar a tiempo el choque.

—¡Cuidado! —gritó vivamente Dolph, lanzándose sobre el volante, y apartando a Erika del mismo, con un seco empellón.

Pero ya era tarde para eso. El choque se produjo. Sintióse lanzar disparado contra el parabrisas de vitroplast. Rebotó en los muros

metálicos del helicar. Erika gritó junto a él.

Hubo un crujido brusco, violento. El impacto se hizo más fuerte. Y Dolph, tras sentir un choque doloroso en su cabeza, perdió la noción de todo, se sumió en un mar de oscuridad y de inconsciencia…

* * *

—Créanme que lo lamento muy de veras… Si pudiera hacer algo por ustedes… Pero yo, señor, no tuve toda la culpa. Su… su helicar… se me vino encima… Y yo soy algo distraído, algo lento de acción… No pude hacer nada por impedirlo, eso sí es cierto…

Dolph Hazard movió la cabeza. Le costó un gemido, cuando su vendada frente le provocó un tirón doloroso. Se llevó las manos a ella, procurando no moverse de nuevo en el lugar donde aparecía tendido al despertar de su inconsciencia.

—Tenga cuidado —rogó el hombre que se acomodaba junto a él —. Se hirió en la cabeza, señor. Pero no tema nada. Yo mismo le curé y desinfecté a fondo. Carece de importancia la herida, ciertamente…

—¿Usted me curó? —gimió Dolph, mirándole con interés—. ¿Acaso es médico?

—Sí, tengo la carrera de Medicina —sonrió el hombre—. Es una de las varias carreras que he terminado. No deba preocuparse. Lo hice bien. Era un rasguño.

—Pues duele como si fuese una trepanación —gruñó Hazard, irritado. De repente, recordó algo. Se irguió, a pesar del dolor—. ¿Y mi compañera, la señorita Thuban?

—Oh, ella… —El hombre de cabellos grises, expresión pensativa y ojos oscuros e inteligentes, cuya edad oscilaría entre los cincuenta y los sesenta años, se encogió de hombros, antes de añadir con aire apático—: Es una jovencita muy rabiosa e irritable. No sufrió daño. Se marchó enfurecida. Dijo que no quería saber nada de mi ni de usted. Que los dos habíamos tenido la culpa de todo, y que sería mejor olvidarlo todo. No sé lo que quiso decir exactamente, pero…

—Yo sí lo sé —cortó Dolph gravemente—. Eso dijo, ¿eh? Y se marchó… Bueno, menos mal que no habló de procesarle por el choque. Es milagroso que no lo hiciera.

—No, no. Sí lo hizo… —sonrió el hombrecillo, entrelazando benignamente sus manos—. Dijo que me enviaría al agente del juez de Tráfico. Supongo que me costará una multa. O un arresto, si ella es tan importante como parece. Pero no me preocupa mucho…

—¿A usted no le preocupa nada? —indagó Dolph, curiosamente, mirándole con extrañeza—. ¿Ni un choque, ni unos heridos, ni una denuncia, ni un arresto en prisión…?

—Nada —dijo el otro, jovialmente—. Estoy muy por encima de todas las cosas baladíes de este mundo, señor… señor…

—¡Dolph Hazard! —El anciano le miró, con un repentino sobresalto—. Oh…

—¿Qué pasa? —Dolph, receloso, le estudió de soslayo—. ¿Ocurre algo con mi nombre?

—No, no… ¿Qué había de ocurrir, señor Hazard? No le he visto nunca, la verdad… Ni creo que nos conozcamos de nada.

—Pues usted parece que me conocía, señor…, señor…

—Skaal —sonrió el hombrecillo—. Profesor Herb Skaal…

—Skaal… —Dolph frunció el ceño, pensativo—. Juraría que he oído alguna vez ese nombre…

—Es posible —asintió él, sonriente—. Como yo he podido oír el suyo.

—No es lo mismo. Yo no soy nadie. Usted… ha dicho que es un profesor…

—Sí. Me especialicé en Medicina Espacial, en Astronáutica y Terapéutica Cósmica… Y también en el estudio de la Biología y la Antropología, con su rama de Vivisección, Análisis y Proceso de los tejidos humanos a lo largo de la acción del Tiempo.

—Ahora creo recordar dónde oí antes su nombre —habló Dolph —. Un presentador de televisión, la otra noche… Habló de un tal profesor Skaal. Y de un hallazgo revolucionario, que sería como un impacto en la existencia humana actual. No será usted, ¿verdad?

—Pues sí —asintió modestamente el hombre—. Soy yo, señor Hazard.

—Vaya… —Dolph le contempló con extrañeza—. Oh, se me olvidaba. ¿Por qué dio esa especial entonación a mi nombre? Me pareció… me pareció que le era conocido ya.

—Bueno, si he de serle sincero, le diré que sí —sonrió el sabio—. Me era conocido. Pero, naturalmente, sólo será una casualidad. No

puede ser otra cosa. Sin embargo, me hizo gracia. Mucha gracia…

—¿A qué casualidad se refiere?

—A la de su nombre precisamente, señor Hazard. La otra noche… tuve un sueño. Y en él vi mi invento, terminado y triunfante… y un hombre experimentándolo. Un hombre, el único que se atrevía a probarlo… Y se llamaba Dolph Hazard.

Dolph se mantuvo silencioso. También el profesor Skaal. Ceñudo, Dolph estudió al sabio largamente. No parecía bromear. Incluso daba la impresión de estar muy seguro de su afirmación.

—Sin embargo, no es un nombre vulgar —declaró por fin Dolph, tras una larga pausa.

—No, no lo es —admitió Skaal—. Por eso me sorprendió cuando usted me dijo cómo se llamaba…

—Es curioso. Yo juraría que también oí su nombre antes… pero no sólo por la televisión… —Se encogió de hombros Hazard—. En fin, dejemos eso. Será una casualidad, como usted dice.

—Evidentemente. Yo no creo en los sueños —sonrió el sabio—. ¿Usted sí?

—Nunca, antes de ahora, llegué a creer en ellos. Pero ahora es diferente.

—¿Diferente?

—Sí. Tuve una experiencia extraña y terrible. Desde entonces, en mis sueños he visto y oído cosas sorprendentes, cosas que no logro entender, que no parecen de este mundo. Seres, nombres… ¡Nombres! —Dolph, súbitamente, pegó un respingo, sobresaltando a su interlocutor, que se echó atrás, mirándole con aire perplejo—. ¡Sí, es eso! ¡Profesor, ahora recuerdo! Nombres… en un sueño.

—Confieso que no entiendo una palabra, señor Hazard…

—Yo oí nombres… en mis sueños… Saknya… Spyka… Ersu… Enerpolis… y Skaal. ¿Se da cuenta? ¡Skaal! ¡Es su propio nombre, profesor!

—¡Diablo! —Alzó sus cejas, perplejo—. Eso sí que es raro. ¿Está seguro de ello?

—Segurísimo, profesor. Yo he oído su nombre en mis sueños… y usted el mío en su propio sueño… —Le miró, pálido e impresionado —. Y luego, chocamos ambos… Nos encontramos contra nuestra propia voluntad, sin desearlo siquiera, sin saber cada uno que el otro existe…

—Un sorprendente caso de confluencia de destinos, si ello fuera cierto. Casi de telepatía y teleportación… —El sabio se encogió de hombros—. Pero… ¿por qué? ¿Y para qué?

—Usted… usted ha hablado antes de… de un invento… —le recordó excitadamente Dolph Hazard, incorporándose, señalándole con mano nerviosa—. Por favor, profesor Skaal. Quizá le parezca una imprudencia, una torpeza mía el preguntárselo, pero es necesario que lo sepa… ¿Qué clase de invento está a punto de alcanzar, sobre qué trabaja usted, en concreto?

—He trabajado sobre algo… algo que ya está terminado, señor Hazard. Algo que sólo necesita una persona audaz, temeraria, resuelta a todo, capaz de arrostrar la gran prueba…

—Sí, pero ¿qué es? ¿En qué consiste ese invento? —apremió Dolph, excitado.

—Es, exactamente, la animación suspendida.

—¿Animación suspendida?

—Si. Es el medio de que el hombre viva hasta alcanzar lejanos planetas, despertando solamente unos minutos cada día, los precisos para ingerir alimentos y otras necesidades fisiológicas. Después, vuelven a su sueño, sopor o inconsciencia, suspendidos en cámara hermética. Y el tiempo que duermen, veintitrés horas y medio de cada veinticuatro, es un tiempo que ellos no viven. Pero el cuerpo, las arterias, tejidos y vísperas, tampoco lo viven. Y así, la vida se prolonga hasta veinticuatro veces lo normal. Eso, nos da que un hombre con el promedio de vida actual, de sesenta años, sometido a la «animación suspendida»… vivirá sin esfuerzo, ¡mil cuatrocientos cuarenta años! Y, naturalmente, no empezará a perder su juventud hasta los mil años, equivalentes a los cuarenta y dos o cuarenta y tres años de una vida normal, sobre nuestro mundo, y actuando la naturaleza humana exactamente el tiempo riguroso de una existencia normal.

—Dios mío… —Dolph Hazard se cubrió los ojos con las manos. Le temblaban éstas. Se hallaba muy pálido y excitado—. Eso… sería fabuloso. Se podría… Proyectar a un hombre hacia el futuro…

—Eso es. Y reduciendo la vida del hombre sometido a la prueba, a media hora cada dos días, la duración de su vida llegaría hasta los dos y tres mil años, señor Hazard. Para él, sería una simple vida. Si usted, ahora, tiene veinte años, alcanzaría, con sólo media hora de

vida normal cada dos días de su encierro en la urna de «Suspensión Animada», un punto en el Tiempo, situado a quinientos años de nosotros… cuando cumpliera aproximadamente los treinta años[1].

—¿Por qué precisamente quinientos años? —saltó vivamente Dolph, clavando sus ojos muy abiertos en el profesor Skaal.

—No sé… Se me ocurrió eso —sonrió el sabio—. Además, recuerdo que en mi sueño, el hombre llamado Dolph Hazard, que se prestaba al experimento… me pedía justamente esa «distancia» temporal. Quinientos años. Cinco siglos girando en órbita, en torno a la Tierra, dentro de una nave especialmente diseñada, donde solamente vivirla él, con sus píldoras y concentrados alimenticios, despertando una vez cada dos días, solamente por media hora. Pasados los treinta minutos, volvería a la urna. La «animación suspendida» volvería a actuar, y lo que para usted sería una vida normal, unos pocos años… para la Tierra significaría el paso de generaciones y generaciones. De épocas, de siglos…

—Y ese prodigio… ese prodigio… ¿está logrado?

—Totalmente —asintió el profesor—. Sólo me falta la persona capaz de aceptar el papel de conejillo de Indias, de pionero del intento. Yo me atrevería a garantizarle la seguridad del éxito. Pero ¿quién puede decir eso? En quinientos años, en mil o en dos mil, muchas cosas pueden suceder… ajenas por completo a la voluntad de un hombre, yo, que habré perecido cientos de años antes de que el viajero de mi nave saliera nuevamente al mundo, a la vida, a la Dimensión normal de la existencia humana…

—Sí, es pavoroso. E incierto, profesor. —Dolph Hazard respiró hondo—. Pero yo acepto.

—¿Eh? ¿Qué dice? —saltó el sabio, estupefacto.

—Que acepto mi papel. Es mi destino, profesor. Lo ha sido desde el principio, desde que conocí a un hombre en un teatrillo… Usted no lo entendería. Pero su sueño, mi sueño, absolutamente todo está ligado por un algo que escapa a nuestra concepción, a nuestra mente. Ese algo está muy lejos de aquí, profesor. Exactamente, como le dijo el personaje de su sueño, a quinientos años de nosotros… pero en este mismo planeta, evidentemente. No se tratará de viajar hacia los astros, ni de surcar los espacios. Aquí mismo, girando en órbita cinco siglos, pudiendo luego descender y terminar ese sueño casi total, solamente alterado cada cuarenta y

ocho horas, en las que viviré realmente por espacio de treinta minutos… encontraré lo que deseo. Quizás aquello para lo que he nacido. Para lo que, en alguna parte del Tiempo, en el Futuro que para nosotros aún no existe, pero que ya forma parte de la Dimensión Espacio-Tiempo, he sido destinado yo, Dolph Hazard, aún no sé por qué…

—Pero, hijo, debe meditar mucho lo que dice. No puede arrostrar impulsivamente un riesgo así. Piense… que todo puede fallar. Un leve error, algo que no salga como yo espero… y jamás despertará. Perecería en el espacio, a bordo de su cápsula de navegación. Y ésta, como un ataúd flotante, le conduciría a regiones del Cosmos adonde nadie sería capaz de llegar jamás.

—Sé el riesgo que supone, profesor. Sé a lo que me expongo. Es un experimento. Es el primer paso en una nueva Ciencia. Yo acepto mi destino. No tengo familia, no tengo amigos, ni a nadie realmente querido. Vivo en un mundo vacío de ternuras, de espíritu y de auténticos alicientes para mí. Quizás por eso, los designios del Señor me señalaron a mí, una de Sus humildes criaturas, para un empeño tan gigantesco. Nadie me llorará si desaparezco. Y creo que, aun así, el riesgo tiene mucho de piadoso. Si muero, nadie va a enterarse siquiera. Creerán que sigo viviendo, esperando mi meta en el Tiempo. Ellos morirán seguramente antes que yo mismo. Y si perezco, yo, en mi urna de «suspensión animada», en mi estado de muerte viva o de vida muerta, quizá no llegue ni a saberlo siquiera, ni advertir cosa anormal alguna… Por favor, profesor Skaal. Tengo una cita.

—¿Una cita?

—En el futuro, sí. Con alguien que aún tardará cinco siglos en nacer. Una mujer me llamó desde allá, ahora lo sé. Debo acudir a ella. Para bien o para mal…

El profesor Skaal inclinó la cabeza. Su frente aparecía cubierta de arrugas.

—Tal vez sea esto su destino, como usted dice —aceptó, con voz ronca—. Bien, amigo mío. Piénselo bien, y decídase. Recuerde que aún tiene a alguien: esa joven, su prometida.

—Era mi prometida. Ya no. Me liberé poco antes de encontrarle a usted, profesor. Ella forma parte de ese mundo a que me refería antes, de mi ambiente y una vida que me ahogan…

—¿Y espera encontrar su sitio, su paz, su auténtico mundo… en ese futuro incierto, quizá peor que este mismo presente que tanto le agobia? —sonrió Skaal.

—Sí, profesor. Aun así, el riesgo merece la pena. Y lo acepto.

—Muy bien —el sabio se irguió, con expresión solemne—. Sígame, Dolph. Escribirá usted un documento, conforme voluntariamente me solicita ser el paciente o «viajero» de mi cápsula espacial de «suspensión animada». Eso me librará de cualquier responsabilidad ante la Ley, aunque no me preocupe demasiado la cuestión. Y usted… podrá iniciar su gran aventura. Quizá la más grande y amplia aventura de la historia de la Humanidad…

Dolph asintió. —Vamos allá. Estoy dispuesto, profesor— fue su respuesta.

Capítulo VI

EL Gran Salto



ra un cilindro negro, mate, que por sus reducidas dimensiones, su barrera antimagnética y su neutralizador de radar y ondas vibratorias, surcaría el espacio siendo invisible, e indetectable para los mecanismos terrestres que lo pretendieran.

Dentro del cilindro había un compartimiento cubierto por vidrios poderosos y aislantes. Al otro lado, los mecanismos, resortes y controles automáticos de la nave. Un sistema de tubos dirigidos al interior de la urna, llevarían alimentos y líquidos superconcentrados, hasta la boca del paciente, a quien nada más situarse sobre el lecho de color rojo y materia translúcida, dentro de la urna, unas bandas gravitatorias le aferrarían, manteniéndole inmóvil, un casco vítreo cerraría su cabeza, y unos inyectores de oxígeno irían pasando a sus pulmones en reposo, reducidísimas

cantidades de aire respirable. Un sistema de refrigeración electrónica paralizaba en el acto los miembros y vísceras del «viajero», aislándole de todo signo de vida. Pero esa corriente paralizante no inutilizaba corazón ni cerebro, dejándole una acción reducidísima, precisa para sobrevivir, tras salir del «trance» de la suspensión animada.

Todo eso, se lo refirió escueta pero claramente el profesor Skaal a Dolph Hazard. Las pruebas sensoriales sobre su físico, dieron resultados positivos. Su naturaleza resistiría el experimento, si es que éste resultaba bien en sus demás aspectos. Una vez allí dentro, tendido e inerme, indefenso contra todo, igual una lluvia cósmica que un mortal impacto de meteoro o cualquier otro problema, podía terminar la prueba con la muerte de Dolph Hazard. Y sin posible protección por parte de nadie, ni siquiera de sí mismo.

—Hay víveres para dos mil años terrestres, todos en concentración, por supuesto —informó el sabio—. Y un sistema electromagnético de control de tiempo, que detendrá la prueba justamente en el día, mes y año en que elija usted, Hazard. ¿Qué fecha es la que prefiere?

—El diez de octubre del año 2495 —dijo sordamente Dolph—. Justamente ese día, profesor. ¿Puede haber tanta exactitud en la detención de mecanismos y el descenso a tierra?

—Si todo responde, sí. En la fecha señalada, la nave flotadora será accionada por un sistema automático, en contacto con el controlador de tiempo. Descenderá suavemente, sobre el mismo lugar de donde partió. ¿Conforme?

—Si, conforme. —Dolph vio cómo el profesor Skaal bacía girar una complicada serie de manecillas sobre sus esferas respectivas. Por fin, sobre un tablero negro, de cifras luminiscentes, muy blancas, aparecieron diversas cifras: 500 —6000—
182 519.

Dolph sabía lo que significaba eso: quinientos años. Seis mil meses. Y ciento ochenta y dos mil, quinientos diecinueve días. Resultantes de los trescientos setenta y cinco años normales y los ciento veinticinco bisiestos de aquel período, a cuyo total había descontado el profesor, en su cronometración, los seis días transcurridos desde aquel inolvidable domingo, día 10 de octubre de 1995…

—Esos cronómetros irán corriendo a medida que pasen días, meses, años… —informó el sabio—. Será mejor que no los mire, porque la cuenta del Tiempo es siempre desesperante, aunque en media hora de vida consciente, cada dos días, no se puede uno desesperar demasiado. Solamente de vez en cuando, a título de ojeada a un calendario que irá en marcha hacia atrás, reduciendo días, meses y años, podrá mirar esas cifras, para saber cuánto le separa de su meta final. Y cuando vea ahí marcados solamente dos días, y ningún mes ni año en la cuenta… habrá llegado el día decisivo. Las horas dejan de tener sentido y valor para usted. Pero sepa que siempre despertará a una misma hora, regularmente señalada por sus controladores físico-mentales. Aproveche hasta el último de los treinta minutos disponibles, porque un minuto antes, a los veintinueve justos, deberá estar en el lecho, para que el frío de la «suspensión animada» surta su efecto total sobre su organismo.

Unas cifras rojas, en ese otro contador inmediato, le avisarán siempre de los minutos de que dispone, en sus medias horas de conciencia, y movimiento. Luego el resto del tiempo será un sopor dulce, profundo. Sin sueños, sin molestias, sin cansancio, sin esfuerzo físico, mental ni nervioso de ninguna especie. Será el hombre que envejezca más lentamente, de todos los tiempos, Dolph Hazard.

—Si sale bien —sonrió el, apoyándose en el cilindro negro, en su nave espacial, situada allí en un gran cobertizo de la vivienda del profesor, adonde este condujera a Erika y a él, a raíz del accidente, en las afueras de la ciudad.

—Todo debe salir bien —rectificó el sabio—. La fe lo hace todo, Hazard. Por fe en algo mejor a este desolado presente que le tocó vivir, emprende usted esta aventura. No hay nada seguro. Ni la prueba ni, mucho menos, su fantástica mujer y su fabuloso mundo futuro. Pero usted parte hacia allá, hacia un mañana enigmático, que es un arcano completo, que quizás ni siquiera exista, cuando llegue el momento. Esa fe es la que debe mantenerle en la convicción de que llegará, Dolph. Yo sé que llegará…

—Sí, yo también siento aquí dentro algo así —se tocó el corazón —. Sé que tengo que llegar hasta Saknya y su mundo… ¡y llegaré!

—Así me gusta. Como le decía, mientras cada ser humano, aquí en la Tierra, vea pasar un año de su vida, usted, a bordo de la nave

de «suspensión animada», habrá vivido simplemente noventa y una horas. Poco más de tres días… El resto del tiempo, su organismo habrá descansado, en una muerte aparente, sin fatigarse, sin desgastarse, sin sufrir, sin envejecer en nada… Y cuando todos nosotros hayamos muerto, usted habrá vivido físicamente no más de noventa días. Tres meses… junto a una vida, una generación… ¿Se da cuenta de la enorme desproporción entre la vida normal y la que yo le ofrezco ahora en esta prueba, Hazard?

—Sí, me doy cuenta. Es terrible… y prodigioso a la vez.

—En efecto. Yo mismo me asusto al pensarlo, Hazard. Sé que jamás haré otra cosa en mi vida. Aquí empieza y termina mi obra. No podré saber nunca si triunfé o no. Moriré antes del final del experimento, muchísimo antes… Pero prométame algo, Dolph…

—Lo que usted quiera, profesor Skaal.

—Si triunfa, si llega… «allí», procure que esto sea de utilidad para las generaciones de entonces, si es que ya no lo han superado ellos. Cuide de que construyan naves iguales que lleguen así a dominar las más remotas regiones del espacio… Dentro de su nave, Dolph, van los planos, los documentos que revelan todo el secreto de mi invento.

—¿Por qué no se queda usted con ellos y repite su experimento, profesor?

—¿Para qué? No merece la pena. Mi sueño de científico, era crear esto. Y pensar que podía llegar a ser un triunfo. Eso me basta. Moriré feliz, porque lo haré pensando en que el triunfo llegará. Sin usted, tal vez nunca lo hubiera logrado. Después de todo, ¿qué hombre joven iba a jugárselo todo a esta carta sin esperanzas? Un anciano como yo, difícilmente podría sobrevivir a la prueba. Hacía falta un organismo joven, fuerte, saludable. Y lo encontré. Gracias a un sueño y a un choque casual…

—Yo creo que gracias a algo más complejo, profesor —negó Dolph—. Hubo «algo» que nos ligó a usted y a mí. Los sueños, el choque, su invento… Todo formaba parte de una voluntad ajena, que nos guió al uno al encuentro del otro. Para algo tuvo que ser. Y no para morir. Por eso tengo fe, profesor. Y ningún miedo, se lo confieso…

—Ya lo veo —sonrió Skaal. Le tendió la mano—. Bueno, amigo mío… Es el momento de decirnos adiós. No cabe otra palabra.

Usted sabe que no me verá ya jamás. Ni yo a usted. Ha sido una amistad breve… y trascendental. Dios quiera que sea para bien. Y que llegue a su fantástica cita, Hazard. Hasta nunca.

—Hasta nunca, profesor —saludó, solemne, Dolph. Estrechó la mano de aquel hombre que moriría mucho antes de que él hubiera vivido siquiera tres meses… Como Erika, como su padre, como todos los que se quedaban allí, para no volver jamás a su vida. Para desaparecer como espectros, en las sombras del Pasado, mientras él seguía proyectándose hacia el Mañana. En su urna de cristal, navegando por el espacio, en espera del Gran Día, en el final de la meta de su grandioso salto a través del Tiempo:

Diez de octubre del año 2495…

Entró en el cilindro. Lo cerró, ajustándolo conforme le dijera el profesor. Se encaminó hacia la urna, dentro del traje plástico, de color aluminio, que el profesor le había hecho poner. Se tendió en la translúcida superficie anaranjada de su lecho de siglos…

Automáticamente, todo empezó a funcionar. Percibió el tictac de los contadores de tiempo, se cerró la urna, descendiendo su pared exterior. Un casco de vidrio bajó del techo, cubriéndole. Un gas suave, frío y enervante, penetró por sus fosas nasales. Casi sintió miedo, un terror que estuvo a punto de hacerle renunciar a todo, de saltar vivamente, arrancándose todo aquello y volviendo al suelo de los seres normales, a la vida cotidiana, sin riesgos ni trances espeluznantes como aquél.

Pero luego, todo terminó. Un sopor dulce, amable, le invadió. Sus músculos, sus nervios, se relajaron. Dejó de respirar apenas. Se paralizó casi del todo su corazón, su mente reposó, en un letargo frígido…

Cuando la nave cilíndrica del profesor Skaal, emergió hacia los cielos, perforando el techo del cobertizo por un centro deslizante que le dejó paso franco, ya Dolph Hazard dormía su sueño artificial. Un sueño del que solamente despertaría una vez cada dos días, para vivir apenas treinta minutos… y volver a dormir hasta dos fechas después. Y así, casi por una eternidad…

Durante cinco siglos, vagando por el espacio exterior de la Tierra, girando en torno al planeta, esperando el momento de posarse de nuevo en éste… un día determinado del siglo XXV.

Dolph Hazard, el hombre que renunció a su mundo, a su

presente, para arriesgarlo todo a una sola carta, viajaba ya por el espacio, convertido en un cuerpo aletargado, por el que el Tiempo se deslizaba como una pátina, sin dejar apenas rastro, sin envejecer su organismo.

Dolph Hazard acudía a su cita. Una cita en el mañana… con una mujer a la que jamás había visto antes, porque ni siquiera había nacido aún.

Jamás existió una cita igual. Ni jamás, por los tiempos de los tiempos, hubo un hombre que, como Dolph Hazard, viajase hacia las sombras del Tiempo y del Espacio, para asistir a esa cita fabulosa, llegada de un ignorado «más allá»…

Segunda Parte

Mañana… Año 2495

CAPÍTULO VII

¡SIGLO VEINTICINCO!



ngulló las píldoras. Dos de alimentos superconcentrados. Una de agua solidificada... Se había retrasado en ello. Contempló las cifras rojas. Disponía solamente de dos minutos.

Hubiera querido tener tiempo para pensar, para escribir algo. Pero no podía distraerse. Dentro de ciento veinte segundos, los tubos proyectarían sus chorros congelantes, de energía letal. Para entonces, tenía que estar en el lecho luminiscente, de tono anaranjado.

Contempló las paredes, en torno. Luego se inclinó sobre la mesa metálica, adherida al muro lateral del tubo cilíndrico. Su suelo gravitatorio, adhiriéndose a las suelas de sus zapatos especiales, impedía que flotara en el interior de la nave, situada lejos de la gravedad terrestre.

Luego, extrajo un papel metálico, pesado, a propósito para zonas sin gravedad. Y un lápiz magnético, de enorme peso, aunque su tamaño fuera vulgar. Lo empuñó, comenzando a escribir:

«Tengo poco tiempo. Pero quiero que, si esto falla, si la próxima vez que despierte sigue todo igual que hasta ahora, quede al menos una constancia escrita de mi persona y de lo que pretendí.

Soy Dolph Hazard, ciudadano de la Tierra. Viví en el siglo XX, en sus postrimerías. Y pedí voluntariamente al inventor de esta nave y su sistema, profesor Skaal, ser el que experimentara su invento.

Me habían citado. Una mujer que existía en el siglo XXV, me citó en su Tiempo. Y yo, Dolph Hazard, he intentado acudir a ella. No sé si será posible. No sé lo que será mi destino ahora. Pero sea cual sea, he intentado acudir a la cita más fantástica y asombrosa de todos los tiempos. Saknya, estés donde estés, si realmente existes, quiero que lo sepas. Intenté verte, buscarte, encontrarme contigo en la zona de lo imposible. Soy un ser de otra época, pero lo he intentado todo…

Quizás ni siquiera llegues a leer esto nunca. Ni tú ni nadie. Todo depende de…

Lo siento. He de terminar. Sólo dispongo ya de quince segundos…».

Todavía, desde su lecho, contempló el papel metálico, flotando en la cámara cilíndrica. Y el lápiz, algo más allá… Y su última mirada, antes de que el frío sedante y gaseoso le envolviera, empezando a adormecerle, fue para los indicadores cronométricos de años, meses y días.

Los dos primeros compartimientos aparecían con significativas cifras: 000-
000 000.
Todo eran ceros allí. Ni años, ni meses… El tiempo había pasado vertiginoso.

Solamente en su casillero final, el de los días, aparecía una cifra. Una sola: 2.

Quinientos años habían quedado atrás. Dolph Hazard había recorrido cinco siglos.

Y ahora… el mañana estaba allí. Era ya el presente.

Se durmió su cuerpo entero, en el sopor sin fin. El viaje estaba a punto de terminar. Si todo salía bien, tal y como el profesor Skaal

esperara.

Si no… el viaje nunca tendría fin. Nunca… hasta el día de la muerte.

* * *

El paréntesis de las últimas, las definitivas cuarenta y ocho horas, pasó como todos los anteriores. Virtualmente, como si no hubiera existido. Para Dolph, era igual que haber cerrado los ojos… y volverlos a abrir un minuto después. Por eso, los cinco siglos en la nave, habían sido largos. No como realmente eran, por supuesto. Pero aun así y todo, largos. Aunque cada hora de los mortales fuese mucho menos de un minuto para él… fue largo vivir todas aquellas medias horas a bordo del estrecho cilindro espacial. Esperando, siempre esperando… Y preguntándose a veces, en raptos fugaces de locura, si no habría sido todo un gran disparate. Si realmente existió alguna vez Saknya, si fue lógico pensar que la muerte de «Karwy», el sugestionador, tuvo alguna relación con todo eso, si de verdad el sueño fantástico del profesor Skaal fue inspirado por la misma extraña fuerza que movía su propio destino… Y si la voz metálica, discordante, captada por el fonovisor, fue algo más que una simple broma…

Pero todo eso, ya no tenía remedio. Dolph Hazard estaba fuera de su Tiempo, de su mundo. Haría ya cientos de años que los restos mortales de la bella y caprichosa Erika, de su padre, el poderoso Wilfred Thuban, del propio profesor Skaal, se habrían convertido en simple ceniza, en polvo, de regreso a la tierra de donde surgieron.

Resultaba increíble. Pero si aquellas cifras, en su marcha inexorable, no se habían equivocado… todos los seres humanos que él conocía, ni siquiera estarían ya en sus cementerios, en sus tumbas… Quinientos años, alteran la faz misma del orbe, lo cambian todo. Arrastran, en su viento de eternidades, a los vivos y a los muertos. A sus obras, a sus glorias efímeras y pasajeras…

Sólo él, él, en aquel cilindro, auténtico baluarte contra el Tiempo, había resistido. Si es que ahora, en su último despertar, todo era tal y como tenía que ser…

Contempló, al levantarse de su lecho centenario, las cifras de la pared curva. Todo eran ya ceros. Ni una sola cifra. Y el marcador de

minutos y segundos en rojo, para su propio gobierno en los paréntesis de vida breve señalados por el proceso científico, también permanecía inmóvil ahora.

Pero… ¿había llegado realmente a alguna parte? ¿Estaba en algún lugar concreto, en algún punto de la espiral infinita del Espacio-Tiempo?

Miró aturdido alrededor. Esperó, con el oído aguzado, los nervios tensos, la más leve señal que indicara una parada, un descenso en algún sitio sólido, concreto.

No sucedía nada. Ni se oía nada de nada. Claro que los muros eran herméticos y refractarios al sonido y a cualquier otra clase de ondas sonoras, eléctricas o magnéticas. El cilindro era como un oasis, en el desierto sin fin de los mundos, los cielos y los siglos. Un islote en la Eternidad.

Había una forma de saber algo, aunque fuese poco. Se encaminó lentamente a la mesa. Sobre ella, vio su papel metálico, su lápiz… Los tomó. Luego, abrió la mano sobre el suelo.

Con su normal descenso, con su golpe seco en el suelo, el del papel más tardío que el del pesado lápiz, lógicamente, Dolph lanzó una breve exclamación, con aire abstraído e inquieto.

Si los cuerpos caían a su velocidad normal, con su peso lógico… es que había vuelto a la superficie terrestre.

Eso no era todo, ciertamente. Faltaba lo más importante. ¿Cuándo había regresado? Era la incógnita a despejar. Pero si estaba en tierra, sólo en unos segundos lo sabría.

Se armó de valor. Contemplóse en un espejo metálico. Durante aquellos largos espacios de sueño ingrávido, el tiempo no pasó sobre él. Casi era el mismo hombre que salió de la Tierra. Joven, atlético, fuerte, pero esbelto. Su aseo habíalo cuidado, con una minuciosa distribución de su tiempo, en los lapsos de conciencia, y por tanto, se hallaba en condiciones de salir adonde fuese.

Avanzó hacia el extremo posterior del cilindro situado en horizontal. Las instrucciones para abrir el vehículo espacial, eran simples, precisas. Dolph las recordaba, como si no fueran quinientos años los que le separaban del profesor Skaal, de aquel día inolvidable en su ciudad, cuando tomó la grande, tremenda, trascendental decisión…

Presionó primero el botón rojo. Luego, el azul, cuando percibió

ligeramente un sordo zumbido tras el panel metálico. El zumbido se repitió, ahora por duplicado. Y finalmente, fue el botón blanco el que movió el dedo de Dolph Hazard con leve presión…

Tres resortes de seguridad, y el panel circular se abrió por su centro, deslizándose dos partes centrales hacia el interior del resto del panel. Una puerta quedó abierta al exterior.

Dolph, encogido, vacilante, contempló lo que surgía por el hueco. Esperando cualquier cosa, preparado a lo más increíble y fantástico que pudiera surgir por allá…

Por el momento, no vio nada. Sólo oscuridad, tinieblas profundas. Aquello parecía noche cerrada, tenía que serlo. O quizás cayó en alguna sima profunda, en algún lugar adonde no llegaba la luz. Como el cráter de un volcán apagado o una caverna profunda y sombría.

Después, el primer sonido llegó hasta él.

Era un sonido familiar. No lo oía ahora por primera vez. Ya antes, llegó a sus oídos, en alas de una fantástica visión… Y alguien más lo citó, en relación con la muerte misteriosa de «Karwy el Supremo»…

Viento… El viento ululando, silbando lúgubremente en el exterior. Ése era el sonido que oía, el que parecía rodear a su nave, como un cerco alucinante de borrasca y de terror…

Dolph Hazard se estremeció. Pero siguió adelante. Fuera lo que fuese aquello, sólo había un camino. Y lo estaba siguiendo. La gran aventura había terminado. O eso parecía, al menos. Allí fuera, al otro lado de la puerta… estaba la respuesta a todo. O a casi todo.

Cuando llegó al umbral de la puerta metálica, tuvo que inclinar la cabeza y volver ligeramente el rostro. La arenisca, dura y cortante, le golpeó con brutalidad el rostro, se filtró entre sus revueltos cabellos, agitados como la crin de un caballo salvaje entre los más altos riscos. El aullido del viento cobró una violencia intolerable. Aunque hubiese estado rodeado por coros angélicos, difícil le hubiera sido a Dolph Hazard percibirlo, con aquel diabólico sonido, desgarrador, como el alarido de un alma condenada a la eterna perdición.

Aun así, arrostró todo. Saltó valientemente fuera del vehículo. Se enfrentó al remolino estremecedor de aquel viento, irguiendo su rostro, su figura alta y enjuta, como un desafío al ciclón que todo lo

sacudía con su furia ululante, bajo un celaje negro, denso y profundo, en un lugar que parecía arrancado de una de sus viejas pesadillas terrestres.

—Dios mío… —susurró—. ¿Dónde estoy yo ahora? ¿Qué lugar de maldición será éste?

No esperaba que nadie le contestara. Pero, ciertamente, tampoco esperaba aquel silencio, aquel mutismo terrible y repentino, que le sacudió con la fuerza súbita de un latigazo.

El silencio resultó impresionante, por lo brusco. Jamás, antes de ahora, Dolph Hazard había visto extenderse una quietud tan sobrenatural, tan escalofriante, como la que todo lo dominó, a los pocos segundos de haber pisado tierra.

Había cesado el viento… Y su aullido, se acalló simultáneamente. Los turbios, densos remolinos arenosos, los matorrales sueltos, el ambiente todo de aquel huracán, varió tan bruscamente como el viento mismo. Tras el silencio, vino la quietud de los torbellinos de polvo, que se iban posando, lenta y calladamente. Luego, la oscuridad exterior ya no pareció tan intensa. Sobre Dolph brillaban las estrellas, poco menos tal y como Dolph mismo las viera antes. Igual que aquella noche, en su alucinación…

Una luminiscencia azulada, que podía venir de los astros o de mil sitios indescifrables a la vez, se extendía ante él, sobre un panorama de pesadilla, llano y desértico, en el que los árboles, ennegrecidos y secos, formaban esqueletos de madera chamuscada, implorando hacia el cielo con sus brazos informes y desnudos…

Respiró hondo. El aire no parecía extraño. Se sentía, se respiraba como el de la Tierra, en el pasado.

Era casi seguro que estaba en la Tierra. Pero ¿dónde? ¿Qué lugar era aquél?

Recordó las palabras del profesor Skaal: «Le costará adaptar su mentalidad a las de esas nuevas gentes a quienes va a conocer, como un personaje de “La Plaza de Berkeley”. Además tendrá que acostumbrarse a lo que vea, por fantástico que le parezca. Quinientos años, son mucho tiempo. Y el tiempo cambia a los hombres y a sus obras…».

Sí, eso había dicho el profesor Skaal. Pero esto… Enfrentarse con aquel paraje demoledor y terrible… Había esperado, no sabía por

qué, la vista de hermosas urbes, de ciudades inimaginables, de ambientes capaces de sobrecogerle, de grandiosidades y progresos sin fin.

¿Y qué encontraba? Un mundo muerto. O agonizante. Una tierra sacudida por vientos huracanados, por vorágines de polvo y de niebla, un mundo que parecía haber perdido vegetales, árboles y plantas de todas clases. Incluso la frescura, la luz y el color del planeta. Ahora, aquel lugar era un mundo muerto. Terriblemente muerto…

Lanzó un grito ronco, súbito, al fijarse en unas formas del horizonte, sobre un cielo oscuro, estrellado, pero enrojecido en la distancia, por algo similar a una aurora boreal. Aquellos perfiles del horizonte, los formaban la línea suave de unas colinas. Tenían la misma forma que cuando él los mirara antes, en el Pasado…

¡Eran las colinas cercanas a la ciudad, «su» ciudad! Estupefacto, aterrorizado, miró en torno con desesperación. Si aquellas colinas eran las de su ciudad, si aquellas mismas formas onduladas las de las elevaciones que él viera una y mil veces… ¡Entonces, estaba pisando ahora lo que fuera el suelo de la gran ciudad! Aquel desierto pavoroso y terrible… fue, quinientos años antes, la urbe orgullosa y gigantesca en la que él y Erika vivieran…

Corrió, como un pigmeo, hasta alejarse de la nave cilíndrica y plantarse en medio del páramo negruzco y calcinado. Miró en torno, patéticamente. Un escalofrío sacudió todo su ser.

¡Nada de nada! En millas y millas a la redonda, silencio, soledad, muerte… Ni ciudad, ni habitantes, ni luces, ni pálpito de vida… Edificios, aerovías, avenidas, jardines, ciudadanos, vehículos sin fin… Todo había desaparecido. Todo eclipsado, muerto, aplastado, perdido para siempre…

—¡Oh, no, no! —gimió, dejándose caer sobre las raíces atormentadas, crispadas y oscuras, de un árbol desgajado—. ¡Esto no, Dios mío! ¡He estado solo durante cinco siglos… y la soledad me espera de nuevo, al volver a la vida! ¡No quiero estar solo! ¡No quiero estar solo! ¡Saknya, Saknya, mujer misteriosa, mujer inexistente quizá! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás, Saknya, si realmente estás o has estado alguna vez en este mundo? ¡Por ti he venido! ¡A cumplir mi cita contigo! ¿Dónde encontrarte, Saknya?

Hundió la cabeza entre sus manos crispadas, furioso y convulso.

Así se quedó un par de segundos, no más. Porque luego, como brotando de la tierra, junto a él, una voz sonó en aquel mundo desolado:

—Estoy aquí, Dolph…, Gracias por haber acudido a mi cita…

CAPÍTULO VIII

EL MUNDO DE LUZ



aknya! ¡Saknya!

Fue un solo grito, ronco y crispado. Y la repetición del nombre fantástico, con incredulidad, con estupor, con delirante asombro.

Giró la cabeza. Buscó, buscó… Pero continuaba solo. Sólo en el páramo ennegrecido, frente al cilindro con el que llegara a través del Tiempo, a través de siglos y siglos de espera en los espacios…

La dueña de aquella voz fantástica, melosa y cálida a la vez, salpicada de vibraciones armoniosas y cristalinas, no estaba en ninguna parte. No aparecía en lugar alguno, por mucho que Dolph buscó. Su esperanza, apenas nacida, se apagó. Susurró, vencido por la angustia:

—Oh, Saknya, Saknya… Sé que no existes… Mi imaginación se burla de mí. He debido de enloquecer… Y mi destino será morir aquí, en este mundo desierto y sin vida. Tal vez porque lo merecí.

Nunca debí creer esa fantasía. Era imposible. Imposible de todo punto…

Abatido, inclinó la cabeza, cuando la vos volvió a sonar. Esta vez muy cerca de él, como llegando del aire, del vacío alrededor suyo:

—Te equivocas. Dolph Hazard. Yo estoy aquí. Contigo…

Dolph giró la cabeza alrededor, buscó a Saknya estérilmente, con mirada ávida. Ella continuaba:

—No puedes verme ni encontrarme todavía. Pero has venido en mi busca. Y yo sigo llamándote. Yo espero que acudas a mí…

—¡Saknya! —gritó Dolph patéticamente, agitando sus brazos hacia el aire—. ¿Dónde, Dios mío… dónde estás?

—No lejos de ti. Pero tampoco a tu lado, Dolph. Sigue el camino, y darás conmigo. Ahora, es mi mente la que te transmite este mensaje, la que te habla a distancia, porque he sabido que has llegado, he sentido en mí la sensación de tu proximidad…

—¿Telepatía, Saknya? —indagó, mirando con estupor al vacío.

—Sí, algo parecido a eso. La transmisión de sonidos a distancia, de mente a mente. Tú me oyes…, pero nadie más puede hacerlo. Te transmito mis palabras sin pronunciarlas. Y tú me oyes. Ven a mí, Dolph. Sigue las corrientes magnéticas de mi mente, y darás conmigo. Vamos, Dolph, vamos… Te estoy esperando con tanta impaciencia…

Dolph Hazard, como un sonámbulo, comenzó a avanzar. No llevaba armas ni útiles consigo, salvo los normales en un traje espacial de quinientos años atrás. Se movió hacia un punto determinado, en el horizonte, sin saber por qué.

Era algo superior a su voluntad, a su instinto, algo que le guiaba en una dirección determinada rumbo al horizonte, quizás hacia el Oeste, aunque de eso Dolph no podía estar muy seguro. Sentíase desorientado, después de aquella eternidad encerrado en una cápsula espacial…

—Ya voy, Saknya… Estoy moviéndome hacia ti —musitó Dolph, mentalmente casi—. Lo presiento, sé que estoy en el camino hacia ti…

Quizás fueran las ondas mentales, el magnetismo formidable de la desconocida Saknya, lo que le movía a distancia, como si fuese un simple robot, en vez de un ser de carne y hueso, dotado de inteligencia y propia iniciativa. Pero él sabía adónde iba, sin

necesidad de nada ni nadie que le guiase.

La planicie fue quedando atrás, y con ella la nave cilíndrica, ya inútil, puesto que en ella no podían regresar a parte alguna. Este viaje al Futuro, era sin regreso posible. El Pasado había muerto ya. Y la nave no podría hacer nada por devolverle a su propio tiempo. Lo elegido, era irreparable, definitivo.

Alcanzó las colinas, tras casi cuatro horas de lenta y fatigosa marcha. Cosa extraña, no se sentía cansado. Ni siquiera la falta de costumbre, tras el largo encierro, lograba fatigar sus músculos. Era como un hombre nuevo, dotado de una energía sin límites.

Se detuvo frente a las colinas, indeciso. La orden mental era de que siguiera adelante. Pero contempló las formas elevadas, suaves, su luz cárdena, por encima de sus cumbres, dando un extraño tono cobrizo a los cielos y los astros.

¿Y ahora? —musitó—. ¿Adónde debo de ir?

Esto parece terminar aquí… Quizás al otro lado no haya sino una prolongación de este desierto sin fin…

—No, Dolph Hazard —negó «la voz» de Saknya—. Sigue adelante. Un poco más, Dolph, ten fe en mí. Yo te guío. Te guío hacia mí…

Dolph no vaciló ya. Siguió adelante, adentrándose entre macizos rocosos y senderos agrestes, buscando gargantas y desfiladeros, para salvar la línea montañosa. No vio una vivienda, ni un edificio, ni un cable de luz eléctrica, ni un animal vivo, ni el menor vestigio de existencia racional o irracional…

—El mundo ha muerto —susurró Dolph Hazard, estremeciéndose—. Y yo he elegido un mundo muerto para vivir, porque pensé que mi época era peor que ninguna otra… ¡Dios mío, qué loco fui!

En esta ocasión, Saknya no respondió a sus lamentaciones. Dolph siguió adelante, salvó obstáculos de todas clases, siempre sin sentir fatiga, pero sí creciente angustia, inquietud y hasta miedo…

Miedo a lo desconocido, que ahora era aquello mismo que antes le fuera familiar. Miedo al mundo futuro que ahora era su presente, su actualidad. ¿Por qué Saknya le llamó precisamente a él? ¿Cómo pudo saber la mujer fantástica del siglo XXV que él, Dolph Hazard existía? ¿Y en qué forma se pudo poner en contacto con él, cómo salvó la barrera del Tiempo, en un mismo y simultáneo plano de

existencia, pese a los siglos que les separaban? Además… ¿en qué podría él ayudar a un ser de aquella época?

Eran todas pavorosas incógnitas sin solución. Quizás detrás de las colinas, en el encuentro con Saknya, que él intuía ya cercano… estaba la solución auténtica de todo. La respuesta a las preguntas que le torturaban. Y, con todo ello, la revelación final: quién era Saknya… quién «Ersu», la misteriosa voz metálica… y por qué un hombre vulgar del siglo XX, estaba ahora allí, en un mundo quinientos años más viejo. Como único fugitivo de un mundo de fantasmas, ya extinguido en las sombras del pasado…

Y alcanzó el límite de las colinas, en el final de una garganta o desfiladero. Y vio entonces cuál era, o debía de ser, el final de su camino.

Fue todo tan súbito, tan brusco e inesperado, que lanzó un grito de enorme estupor. Maravillado, lleno de atónita sorpresa por lo que veía, fue incapaz de dar un paso más o de decir algo. Se absorbió en la contemplación de aquello que ahora se ofrecía a sus maravilladas pupilas, más allá de las colinas.

Pero estaba seguro de que, de no haber sido tan repentino, tan imprevisto, también hubiera sufrido igual efecto. El espectáculo, por sí solo, era capaz de quitar el habla a cualquiera. Y de asombrar a un hombre tan poco dado ya al asombro como Dolph Hazard, el Viajero del Tiempo…

* * *

Era como contemplar una ciudad de cristal. Sólo que aquello no lo era; no podía ser cristal, en modo alguno. Dolph jamás vio un vidrio o materia cristalina con aquellas tonalidades. Ni con aquella especie de ondulación constante, de pálpito. Como si fuese cristal vivo…

Torres, estructuras, formas y avenidas, todo ello formado de luz, de materia casi incandescente, de diversos colores, desde un azul centelleante y helado, hasta un rojo virulento y lleno de vida. Y la ciudad, el conglomerado urbano, no estaba quieto. Se agitaba, se movía, formando cortinas de luz, transparencias borrosas y ondulantes, como los fenómenos luminosos de una aurora boreal.

Dolph parpadeó. Sabía lo bastante para comprender qué era

aquello. Y todavía resultaba más increíble que si el cristal mismo hubiera tenido vida, fragilidad, transparencia y propensión al movimiento, a emitir luz propia y centelleante…

Estaba ante una ciudad de energía.

La energía, canalizada como formas, estructuras, dimensiones concretadas…

Sí, aquella luz, aquella borrachera de color, de cortinas luminiscentes y vivas, era pura Energía, dominado por alguien para formar una materialización, una estructura, un algo con dimensiones, con aspecto real…

El descubrimiento, aparte su propia belleza fantasmagórica, que a veces hacía parecer a la ciudad un enorme, fabuloso espejismo, le dejó perplejo y lleno de confusiones. Evidentemente, eran posibles ya otras formas de vida en la Tierra. O la Energía nunca se hubiera canalizado para crear edificios, ciudades, calles, formas tridimensionales de aplicación a la vida del hombre…

Y enseguida la incógnita, la duda terrible, lacerante: ¿Había hombres todavía? ¿O la Energía estaba al servicio de otra forma de vida racional?

De súbito, recordó a la hermosa Saknya. No. Si ella existía, es que aún había vida humana. Recordó también su traje extraño, luminiscente. Ahora ya sabía que no era tejido alguno, sino Energía convertida en un velo capaz de cubrir el cuerpo como él mejor de los tejidos creados por el ser humano. Un tejido irrompible, inagotable, poderoso. La Energía, utilizada para prosperar, para vivir en medio de una constante y universal fuente de riqueza y de poder.

Salió de la garganta rocosa, caminando lentamente, con aire abstraído. La voz de Saknya llegó de alguna parte. Quizás de la cortina luminosa de energía; quizá del aire mismo, más allá de la mágica urbe.

—Cada vez estamos más cerca. Avanza, Dolph Hazard. Te espero. Te espero aquí…

Dolph avanzó, avanzó más y más hacia la belleza multicolor. Las cortinas de luz y de tonos cromáticos casi le golpeaban ya, avasalladoras. Sintió en su piel un cosquilleo, un calor grato y penetrante. La Energía despedía calor, potencia térmica. No abrasaba, sino que envolvía suave, cordialmente. Se sintió inmerso

en un mundo de luz y de formas sin auténtica estructura. Estaba ya penetrando en la ciudad, pisaba la primera «cortina» o velo vertical de luz y color. Y la sensación de confortabilidad era mayor…

—Bien venido a mi ciudad, Dolph Hazard… —musitó una voz blanda, cálida, musical. Y luego, una risa suave, melodiosa, mientras él daba otro paso hacia el núcleo ingente de Energía luminosa e irisada…

Pero de súbito, a esa risa le ocurrió algo. Terminó en diapasón extraño, que a Dolph le recordó alguna cosa lejana y horrible. La risa musical se quebró, como si algo fallase… y se remachó con un chirrido seco, metálico, espasmódico.

Dolph evocó, con un escalofrío que puso de punta sus cabellos, una voz al televisófono, amenazándole de parte de un misterioso, inconcreto «Ersu»…

¡Tenía el mismo sonido espeluznante y metálico, sin semejanza con sonido humano alguno!

Fue pura intuición, un reflejo veloz y electrizante, que recorrió su cuerpo tras brotar como un impacto de su mente alerta. Saltó atrás, cuando iniciaba precisamente un paso adelante. Su cuerpo, en zambullida inverosímil cruzó de nuevo la primera cortina energética, describió una curva agilísima en el aire… y rodó sobre la tierra cálida, salpicada de polvo luminiscente…, pero fuera de la urbe de Energía.

Supo, instintivamente, y aun antes de percibir voz alguna en su mente, que había salido de una emboscada de muerte…

* * *

Después, todo fue rápido, vertiginoso.

La voz metálica ya no fingió el tono dulce, cálido y cordial de la bella e invisible Saknya. Del aire, de algún lugar en su mente, llegando quizá por medio de microondas magnéticas, le llegó la voz metálica, horrible, amenazadora y cruel:

—¡Te has librado, Dolph Hazard! ¡Has eludido la muerte segura en mi Ciudad de Energía! ¡Pero no vas a poder librarte de mis fuerzas invencibles! ¡Has acudido, extraño en nuestra época, a la llamada de Saknya! ¡Pero nunca la verás a ella…!

Dolph, caído en tierra, aún jadeante por el esfuerzo físico

realizado, se incorporó a medias, con la mirada fija en el vacío, en las cortinas irisadas, ondulantes, llenas de vida, de vitalidad, de fuerza, que formaban aquella ciudad de espejismos sobrenaturales en apariencia.

Y empezó a ver surgir extraños globos de luz azul, cegadora, diamantina. Eran globos luminiscentes, borrosos, como burbujas de un jabón mágico. Cada uno de los globos, moviéndose en el aire como si una mano invisible moviera unos hilos también invisibles tenía el tamaño aproximado de un ser humano. Flotaban en grupo, hasta surgir más de un centenar que, en formación casi militar, se movieron hacia él, le rodearon, con un cerco de burbujas de luz azul, inquietante y ominoso…

Dolph trató de cruzar aquella línea, pero algo en los globos le repelió, como la sacudida eléctrica de un muro electrificado. Retrocedió, violentamente golpeado por aquel algo invisible, y rodó por tierra de nuevo, con una imprecación. Sus ropas se diluían, hechas ceniza, al contacto con aquellas fuentes diabólicas de energía que, sin duda, «Ersu», el Poder oculto y maléfico de aquel lugar de pesadilla, manejaba a su antojo desde alguna parte, más allá de la cortina de luz y fuerza.

Estaba perdido, en cuanto aquellos globos cayeran sobre él. Y ése parecía ser, justamente, su objetivo. El cerco de burbujas azules se iba cerrando, cerrando más y más sobre él, estaba semidesnudo, solamente su ropa interior de fibra plástica soportaba aquel contacto candente…

Extendió las manos. Otra sacudida brutal le hizo retirarlas. Contempló sus uñas chamuscadas en las extremidades, la piel enrojecida violentamente por el contacto con las endiabladas burbujas de la ciudad-luz o mundo de la Energía…

Agobiado, respiró con ansias el aire que aquel círculo de globos vítreos le quitaba lentamente. El oxígeno le supo a metal, a calor, a algo ácido e irritante.

—Creo… que voy a morir… —jadeó—. ¡Dios mío, si lograra salir…! ¿Y para esto he venido al futuro? ¿Para hallar una muerte absurda e inútil?

Y, de súbito, un acceso de ira febril le sacudió. Su innata rebeldía, tanto tiempo dominada allá en la Tierra, por necesidades y angustias materiales, ahora encontró su válvula de escape en la

pugna entre la vida y muerte. Decidió morir, al menos luchando sin importarle las sacudidas de la energía viviente, convertida en burbujas de luz amenazadora…

Cargó contra las esferas flotantes, con ambas manos extendidas, con sus brazos tensos, crispados. Incluso golpeó con la cabeza en las esferas azules, sin importarle si le quemaba o no el contacto, totalmente indiferente ya a los choques o calambres estremecedores que tal contacto provocaban…

—¡Malditos monstruos inanimados, voy a estrellarme contra vosotros, pero no os daré el gusto, ni a vuestros asquerosos cuerpos de luz ni a vuestro maldito «Ersu», de verme morir dócil y calladamente! ¡El hombre debe rebelarse siempre contra su destino! ¡Es la forma de seguir, al menos, ese destino con dignidad! ¡Debí aprender eso antes, pero si no supe vivir dignamente hasta conocer al profesor Skaal, al menos moriré sin doblegarme ante nadie!

El choque continuó. Apenas dos, tres segundos. De súbito, ocurrió algo extraño. Los globos estallaron. Como auténticas burbujas, en los golpes de manos y cabeza, del cuerpo enfebrecido y virulento del hombre que no quería morir, estallaron en el aire, hicieron un sonido fofo, hasta convertirse cada uno en una chispa de luz, reventando como globos, y diluyéndose finalmente incluso esa chispa luminosa, intensamente azul.

En torno a Dolph Hazard, el aire quedó limpio, despejado. Solamente la gran urbe de Energía, con sus centelleos, sus ondulaciones, sus movimientos de cortinas de irisado poder cristalino, se quedó erguida frente a él, silenciosa, como impotente. En el aire apacible, un leve zumbido era la único perceptible. El zumbido de la Energía concentrada en cantidades fabulosas, en aquella gran ciudad inmaterial.

«Ersu» ahora permanecía mudo. Cualquiera que fuese la naturaleza de «aquél» o de «aquéllo», el silencio más absoluto se había apoderado de él ante el fracaso asombroso de los globos de Energía contra Dolph Hazard. Un desenlace, evidentemente, que el Poder oculto no esperaba, y que no había entrado en sus planes.

Pero inmediatamente, dentro de la ciudad se convulsionó algo. Una potente forma poliédrica de luz roja se empezó a formar. Y creció, creció como la bola de nieve engrosada cuesta abajo.

Dolph la contempló con temor. Algo sucedía.

«Ersu», en silencio ahora, disponía un nuevo golpe de sus dantescas armas de Energía controlada…

—Creo que la segunda intentona será más poderosa y difícil —musitó Dolph, muy pálido, respirando entrecortadamente. Se irguió, vacilante, calculando si una escapada podría librarle de aquel extraño poliedro creciente, color fuego…

Y, de pronto, lo vio. Estaba allí, no lejos de él. Y podía jurar que antes no estaba.

Era una raya de luz. Larga, sorprendente, como un sendero plateado de luz nítida, brotando de la oscuridad nocturna, para morir en el suelo oscuro y calcinado, a menos de veinte metros de los límites luminiscentes de la Ciudad de la Energía.

Le produjo la impresión fugaz, sorprendente, de que aquel rayo de luz horizontal ligeramente inclinado en su extremo, para tocar tierra…

Un puente… ¿hacia dónde?

No lo sabía. Pero cualquier cosa mejor que «Ersu» y la amenaza mortal de su mundo de Energía viva, poderosa y obediente a sus designios. La forma de vencer a las burbujas, aún era misterio. Pero estaba seguro de que sus victorias no serían muy crecidas, si continuaba allí.

Se decidió. Lanzóse súbitamente a la carrera, agazapado, como un atleta. Atrás, un zumbido estridente, un sonido ululante y estremecedor… y el poliedro de fuego brotó como un proyectil.

Dolph sintió su calor cosquilleante y amenazador a sus espaldas, mientras corría sin cesar, sacando fuerzas de flaqueza, luchando como jamás luchara… por alcanzar la línea de luz plateada, que se le antojaba salvadora, sin saber siquiera por qué.

Capítulo IX

Saknya



n aquella extraña pugna entre humano y fuerzas de Energía viva, triunfó la criatura de Dios. Saltó, en un brinco inverosímil, al final de su carrera.

Una vez más el poliedro rojo, candente, cegador, alcanzó el punto donde Dolph estaba… un momento después de lo preciso para arrollarle. Dolph se vio lanzado, como un proyectil, contra la estría de luz, que ni siquiera sabía si iba a servirle de algo.

Y, en efecto, así fue. Al tocar la larga línea o proyección de luz plateada, fue como caer sobre una banda magnética, un túnel o un camino material, donde sentía que su cuerpo extendido se apoyaba, pero en realidad sin forma ni solidez alguna. La luz plateada lo engulló, sintióse lanzado sobre ella, como un bólido sobre una pista, a velocidad increíble, que ningún daño producía a sus pulmones. Miró atrás, estupefacto, dejándose arrastrar por aquella nueva

Energía.

La ciudad irisada, la forma poliédrica de luz roja, todo quedaba atrás, muy atrás infinitamente pequeño, reduciéndose a velocidad escalofriante, perdiéndose en una lejanía asombrosa. Si no volaba o se deslizaba sobre aquélla estría inmaterial de luz de plata a más de mil millas por minuto, es que no desarrollaba velocidad alguna.

Así, su corazonada fue cierta. Y Dolph Hazard se libró del peligro de la Energía controlada por «Ersu», en el último instante. Gracias a su vigor físico, a su endiablada agilidad y a su rapidez mental…, pero también gracias a aquella extraña, poderosa y libertadora línea de luz, o puente entre la ciudad de la Energía y… «¿y qué?».

La respuesta llegó antes de lo esperado. La línea de luz descendió, de súbito, en amplio y abierto arco. Dolph Hazard, entonces, miró abajo, descubriendo que habíase elevado mucho en el aire. Hasta una cabeza firme como la suya, vaciló al verse descender a velocidad supersónica, y a cuerpo limpio, por el «puente» de luz, hacía un suelo situado a muchas millas a sus pies. Pero un suelo donde, por fin, había algo sólido, corpóreo, material. Lleno de realidad, de formas concretas, en tres dimensiones normales y vulgares, que llenaron de alivio a Dolph, aletargado aún por su contacto terrible con el mundo informe y sin dimensiones reales de la Ciudad de la Energía, más allá de las colinas calcinadas… Estaba sobre una auténtica ciudad.

Vio aproximarse las formas de aquello situado a sus pies, que parecía una ciudad, y que realmente lo era: Sus formas no eran las habituales del siglo XX, pensó Dolph, intrigado. Allí, todo era extrañamente curvado, con estructuras esféricas, cilíndricas, ovaladas, sin apenas líneas rectas, salvo las precisas para equilibrar un mundo que carecía de características lineales y, por ello, en vez de frío y despiadado, parecía acogedor, suave, amable y cálido.

Los colores de los edificios, de una materia vidriosa pero sólida, sin semejanza con las «cortinas» luminiscentes de la urbe infernal de «Ersu» tenían matices policromos de singular belleza. Su conjunto era armónico y a la vez tonificante para los ojos y sedante para los nervios. Jamás se sintió Dolph Hazard más apacible y sereno que en él momento en que sobrevoló la ciudad, dentro de su rayo de luz viajero, y éste se proyectó, en su trazo final, hacia una singular

cúpula esférica, rematando una de las pocas estructuras lineales de la ciudad, la de una torre central, esbelta y graciosa. De aquella cúpula en forma de esfera, surgía la luz argentina. Un tragaluz circular, proyector al espacio, se abría en su estructura. Dolph penetró por allí, con una velocidad decreciente hasta disminuir por completo, dentro ya de un mundo singularmente bello, donde las luces ofrecían tonalidades azuladas y plateadas, radiante de hermosura.

Dolph rodó sobre una especie de lecho o plataforma esponjosa, de materia azul, parecida a espuma plástica, gomosa. Amortiguó el golpe y la caída. Y se quedó inerme, en medio de su forma circular, mientras en el techo, sobre su cabeza, la cúpula cerrábase lentamente, y el rayo de plata se extinguía, procedente de un raro proyector en forma de cono invertido, apoyándose sobre cuatro esferas y apuntando a la cúpula.

—Bien venido a mi mundo, Dolph Hazard —dijo una voz musical, cristalina, inconfundible, llegando de alguna parte, en torno suyo—. Sabía que vendrías. Te esperé durante todo el tiempo, que para ti fue cientos de años y para mi apenas minutos… pero los más largos minutos de mi existencia… Saknya te saluda y te da las gracias por acudir a su cita.

Se estremeció, tendido en el enorme lecho esponjoso. Si, aquélla era la voz de Saknya, no había la menor duda… pero Saknya podía ser tan falsa como lo fue antes, cuando la voz le condujo a la Ciudad de la Energía, a la trampa mortífera dispuesta por «Ersu» a su llegada…

—¿Cómo podré saber que ahora eres tú, Saknya? —susurró Dolph, en respuesta, rebulléndose en el lecho de espuma gomosa.

—Porque esta vez, Dolph, sí soy yo. «Ersu» te engañó para destruirte. Y tú probaste que eres más fuerte que él. Yo lo sabía. Lo supe desde que Spyka, el «vidente», me dijo que tú estabas en otro lugar en el Tiempo, pero podías venir aquí, si las cosas salían como él leía en su mente… Y «Ersu» intentó llevarte a Enerpolis, la gran urbe de Energía que le sirvió para destruir al mundo…

—¡Destruir al mundo! —Dolph parpadeó—. ¿Él hizo eso, Saknya?

—Sí. Nosotros, en esta pequeña ciudad perdida, somos los únicos supervivientes de la raza humana extinguida. Los únicos que

nos oponemos al poder maléfico y terrible de «Ersu». Pero nuestro destino era perecer… si tú no venías, Dolph Hazard.

—¡Oh, Dios mío, no entiendo nada de eso, Saknya! —Se pasó una mano nerviosa por los ojos—. Sí al menos… si al menos ahora… pudiera verte…

—Eso es fácil, Dolph Hazard estoy a tu lado. Sólo con volver la cabeza me verás…

Dolph giró el rostro, con un respingo. Y comprendió que no había estado oyendo su voz en telepatía, como otras veces, sino allí mismo, en el aire.

Por primera vez, aunque era la segunda en realidad, vio a Saknya. Ella, la mujer por la que renunció a su mundo y a su Tiempo… estaba allí, frente a él…

* * *

Unos segundos permaneció en silencio, mudo de asombro. Contempló a la hermosa mujer con expresión perpleja, atónita. Se incorporó lentamente, hasta pisar la espuma.

—Eres… eres maravillosa —susurró—. Tal y como te vi entonces, Saknya… sobre aquel escenario de mi ciudad…

Ella, la criatura hermosa, de cabello de plata azulada, de ojos dorados, de rostro bellísimo y espiritual, sonrió. Y fue como si un grupo de ángeles lo hiciera. Jamás conoció Dolph sonrisa más fantástica y cautivadora en ser viviente alguno…

Contempló la figura, moviéndose hacia él alada, grácilmente, sobre el suelo de espuma, blando y suave. A veces parecía envolverse solo en un tul translúcido. Otras, la luminosa envoltura de energía tejida, como polvo de las mismas estrellas lanzado por un ser sobrenatural para vestir su armonioso cuerpo de mujer plena y maravillosa, la rodeaba totalmente de chispazos y centelleos de luz que borraban sus perfiles delicados, de ninfa paradisíaca…

—Saknya… —continuó Dolph roncamente—. Eres hermosa… como ninguna. Y tengo miedo. Lo tuve siempre…

—¿Miedo? —ella repitió la palabra. Dulce, ingenuamente, con su sonrisa de luz.

—Sí, Saknya. Miedo. Lo tuve, y no sabía de qué. Ahora lo sé. Miedo de ti.

—¿De mí? ¿Por qué, Dolph? ¿Por qué he de causarte miedo? No quisiera, créeme.

—No es lo que temes. Es miedo… de amar. De llegar a quererte como jamás creía amar a nadie: Sé que me enamoré de ti nada más verte en aquel escenario… y eso fue la causa de todo… Por eso estoy aquí…

—Dolph, lo que nos ocurre es maravilloso —musitó ella—. Yo también te vi a ti, en la visión que mi «vidente» Spyka me mostró de tu época, de tu sitio en el Tiempo. Y desde aquel mismo momento te amé, deseé verte aquí, en mi propio mundo, a pesar de que la Tierra que abandonaste hace quinientos años sea ahora tan mísera, tan fea y horrible, calcinada por la energía desencadenada de «Ersu»…

Se estremeció. Su pobre cuerpo, al temblar, pareció aterido y sin ropas. Su tejido de hadas luminosas dio la impresión de ser tan pobre y transparente… Dolph la rodeó con sus brazos, la atrajo hacia sí, besó sus cabellos de plata azulina, su rostro terso, suave. Había llegado a temer que ella no fuera humana. Por fortuna, era una mujer. Hermosa, suave, de piel cálida y sedosa, de boca carnosa.

—Saknya, te amo… —musitó Dolph—. Lo temía… y ahora lo sé. Y no lo temo.

—Yo tampoco temo, Dolph. Sería feliz…, sólo con poder morir a tu lado.

—Morir… —Se estremeció Dolph. La oprimió con mayor fuerza contra sí—. ¡No, Saknya! ¡Morir, no! ¡Ahora que nos hemos encontrado, ahora que Dios ha hecho el milagro de reunirnos, desde nuestros tiempos, en esta cita sin precedentes…, *no podemos morir*!

—«Ersu» es el poder destructor, Dolph —susurró la joven—. Y tú nuestra única esperanza…

—Pero…, pero eso es lo que no entiendo. ¿Por qué yo, Saknya? ¿Por qué?

—Porque si todo se cumple como Spyka ha previsto…, tú eres nuestro salvador. El único ser capaz de combatir, de vencer a «Ersu», en la batalla final por la supervivencia…, o por la muerte decisiva de la Tierra, y el demonio de la Energía sobre la criatura de Dios…

—Cielos, Saknya, es esperar demasiado de mí… Soy un mortal

como todos los demás. No poseo poder especial alguno…

—Tú lograste lo que nadie logró, Dolph. Destruir las esferas vivas de Energía, en los límites de Enerpolis, cuando descubriste la celada de «Ersu». Nosotros no podíamos ayudarte. En su campo energético somos impotentes. Pero entonces capté tu onda mental, comprendí que ya estabas aquí… Y aunque temí por tu vida, al saber que te atacaban las burbujas de Energía, cuando vi que te liberabas de ellas, hice enviar el rayo de luz plateada. Energía también, pero Energía canalizada para el bien y la paz, Dolph. Como debió ser. Y el mundo no estaría ahora agonizando.

—Creo que voy entendiendo, Saknya. Tú me salvaste a distancia…, me trajiste aquí, antes de que otra forma de energía me atacase. Me salvaste del poder de «Ersu», ¿no es eso?

—Si, Dolph. Sólo entonces logré ayudarte. Y tú comprendiste. Viniste hacia el puente de luz que había de traerte aquí… Ya lo ves. Ninguno de nosotros se hubiera salvado de aquel horror. Nadie hubiera sobrevivido al ataque de las burbujas azules, que nos hubieran devorado.

—*¿Devorado?* —Se estremeció Dolph, confuso.

—Eso es, Dolph. Esa energía, devora a los seres humanos, se nutre con ellos, y su poder energético aumenta. Así, el poderío de «Ersu» crece también… Nosotros, las generaciones del siglo XXV en la Tierra, estamos saturados de energía, nuestros tejidos la absorbieron desde el nacer. Y eso es lo que nos destruye. Somos fácil presa para la propia Energía desencadenada como poder destructor, Dolph… En cambio tú… vienes de otra época, en la que el cuerpo, virgen de influencias de Energía en sus tejidos, se halla tal y como el hombre creado por Dios tiene que ser. Por eso resistes, luchas… y puedes vencer. En realidad, Dolph, entre nosotros, aunque física, mental y moralmente seamos iguales, con la excepción del poder telepático que la saturación de Energía dio a nuestras mentes, tú eres como un superhombre. El único capaz de luchar y triunfar, si la suerte y tu inteligencia te ayudan…

—Ahora voy entendiendo. Tenía que ser un hombre del pasado…, con su naturaleza sin influir por saturación de Energía que lo debilitase ante la propia Energía…

—Sí, Dolph.

—Pero… ¿por qué yo? ¿Por qué Dolph Hazard, entre millones

de seres más fuertes?

—Porque tú eres fuerte, inteligente, noble, sin ambiciones ni maldad. Así lo dijo Spyka, nuestro «vidente». Y porque tú, Dolph…, me amarías al verme. Spyka también lo dijo. Y fue cierto. Sólo por amor, Dolph, podía un hombre venir hasta aquí, arriesgarse a la gran prueba… Aunque no lo supieras, me amabas. Y yo te amé nada más «verte» a distancia… Spyka estableció contacto con un poderoso cerebro de tu época, el de un adivino de teatro, «Karwy».

—De modo que fue eso… —Hazard inclinó la cabeza asombrado —. Todo va tomando forma, Saknya. «Ersu» también tenía poder para proyectarse al pasado, para luchar contra mí…

—«Ersu» tiene poder para todo, Dolph —musitó la joven.

—¡Dios mío, pero no lo entiendo! Si la Energía «devora» al ser humano…, ¿por qué no se revuelve, por qué no destruye a «Ersu», cómo puede él dominarla a su antojo?

Saknya le contempló, sorprendida. Luego sonrió.

—Mi pobre Dolph, olvidé decirte lo más importante. Lo que aún ignoras… —suspiró, apoyándose cálidamente en su pecho y añadió —: Dolph, en realidad… *«Ersu» no es un ser humano. Es pura Energía viva e inteligente, es la forma poliédrica de color rojo que te persiguió «personalmente» en los límites de su ciudad maldita, Enerpolis…*

CAPÍTULO X

DUELO A MUERTE



ran como dos figuras diminutas, dos pigmeos avanzando majestuosamente por la amplitud de la gran banda circular metálica, en torno a la alta torre central de la ciudad. Las dimensiones de la urbe eran mucho más amplias de lo que le parecieran a Dolph Hazard cuando era proyectado por el conducto de Energía luminosa, rescatado a la muerte cierta en Enerpolis, gracias al esfuerzo supremo de Saknya, la mujer fantástica del fantástico mundo que era en el 2495 la Tierra, aniquilada por la fuerza terrible de la Energía desencadenada…

—Dios mío, es algo que uno difícilmente puede concebir… —musitó Dolph, sin detenerse en su marcha junto a Saknya, en aquella visita panorámica a la ciudad del Futuro que era ahora su presente. La primera visita al mundo ignorado al que

voluntariamente se destinó—. Pensar…, pensar que un ser formado por pura y simple Energía… vive y piensa, e incluso es capaz de destruir por perversidad, por odio, por simple afán de aniquilar todo aquello que se oponga a su poder infrahumano…

—No es tan raro, Dolph —suspiró su hermosa anfitriona, caminando pensativa por lo que en realidad era plataforma o atalaya de la ciudad, y a la vez senda de unión de la gran torre con el resto de la urbe que sobrevivía a la destrucción energética—. En «Ersu» se acumula todo el poder o capacidad de acción de diversas formas de Energía, tales como la Energía Eléctrica, la Energía Radiante, la Energía Térmica y la Energía Química. Todas esas fuerzas capaces de provocar movimiento, acción y efectos vitales o letales, las utiliza «Ersu» en su favor. Es una especie de monstruo. Pero un monstruo que creamos nosotros mismos, la Humanidad enloquecida por el afán de obtener medios de dominio sobre los demás elementos orgánicos o inorgánicos de la Creación. Se intentó lograr una Superenergía. Eso empezó en el siglo XXIII. Hicieron falta dos centurias para lograrlo. Y ojalá se hubiera tardado mil siglos…

—¿Por qué, Saknya? —Dolph se detuvo. Hacía poco que paseaban, tras haber salido de la cámara en la cúpula. Saknya quería mostrarle su ciudad. Pero había cosas mucho más fascinantes en aquella Tierra que él mismo veía como a una desconocida. Cosas más terribles también. Como «Ersu», como la Energía Viviente…

—Porque ahí empezó el mal. El principio del fin. La Energía Superior, Superenergía, era un conglomerado de energías distintas, movidas por una onda electrónico-magnética ultrasensible. Un gran logro de la Ciencia humana. Todo sería fácil a partir de entonces. Pero esa Energía, en su período de pruebas, fue utilizada incluso en los grandes vuelos espaciales a otros mundos. En alguno de ellos, asimiló una serie de microbios o bacterias que se nutrieron de la Energía, mientras ésta, a su vez, se nutría de la vida inteligente de esos microbios o bacterias. Y el conjunto de esas dos fuerzas extrañas, por una coincidencia que quizá tardarían millones de siglos en darse de nuevo, dio al mundo una Energía que no sólo podía trabajar y actuar…, sino que podía *pensar, sentir, odiar*… La Energía creció, se liberó, se hizo una especie de tirano feroz e implacable, una fuerza insensible pero virulenta, capaz de aniquilarlo todo, de absorber la vida humana. Y esas vidas humanas

destruidas, absorbidas… tenían la facultad de aumentar el poderío energético, de *crear más Energía.*

—Pero… ¿y «Ersu»? ¿Qué es, concretamente?

—Un subproducto de esa Energía Superior… que logró alzarse como auténtica masa central o cerebro inteligente de la Energía desencadenada. Quizá formado por millones de electrones, de unidades de calor y de ondas vivas, que formaron un fenómeno auténtico, un monstruo mecánico, sin cuerpo ni forma, dotado de todos los poderes y de una capacidad ilimitada de crueldad, de odio destructor y de frialdad absoluta por los sufrimientos ajenos, ya que ni es humano ni experimenta por los humanos simpatía alguna. En realidad, es como un rebelde liberado, que detesta y aniquila a sus antiguos amos, para demostrar su propio poder.

—Cielos, parece una fantasía imaginativa, imposible de ser hecha realidad —suspiró Dolph, contemplando la ciudad que vivía y palpitaba a sus pies. Vio a gentes que avanzaban por sus calles, otras que trabajaban en grandes plantas industriales, bajo bóvedas cristalinas, transparentes. Gente sencilla, apacible, envuelta en sus extraños, luminiscentes ropajes de Energía luminosa—. Y vosotros, aquí…, ¿cómo os defendéis de esa fuerza siniestra, Saknya?

—Es una barrera invisible la que nos protege, Dolph —explicó Saknya—. Pero nos cuesta muchos esfuerzos mantenerla sobre nosotros. Si miras al cielo, no la verás. Pero ahí está. Es una campana electrónica de ondas antienergéticas. Repele todo intento de ataque de «Ersu». Pero «ellos», la fuerza o unidades energéticas que controla el cerebro de «Ersu», saben cómo obtenemos la fuerza capaz de crear esa campana. Bajo la ciudad, poseernos las minas o túneles de donde extraemos los minerales preciosos, capaces de darnos la antienergía precisa. El día que esa reserva mineral se agote, todo habrá terminado…

* * *

Hazard respiró con fuerza, deteniéndose junto a los ascensores en constante movimiento. Al fondo de los túneles, largos y bien iluminados, de las galerías subterráneas que horadaban el subsuelo de la ciudad superviviente de la Tierra, los hombres de ropas luminosas trabajaban, arrastrando vagonetas de un metal dorado,

en cuyo interior se apilaban fragmentos minerales, de extraño tono fluorescente, azulado.

—¿Le entiendes ahora, Dolph? —habló Saknya—. Cuando ese mineral falte, todo habrá terminado… Y «Ersu» habrá ganado la batalla definitivamente, borrando del mundo a los seres humanos…

—Sí, lo entiendo muy bien, Saknya —suspiró el joven—. Pero no era preciso llamarme a mí en una hipotética esperanza de ayuda. Tenéis mineral suficiente aún. ¿Dónde está el inminente peligro?

—Aquí precisamente, Dolph —murmuró Saknya sombríamente, con un gesto amplio que abarcaba todas las galerías luminosas del subsuelo—. Yo, Dolph…, soy la hija del hombre que regía los destinos de esta ciudad. Él… murió no hace mucho, dejándome sola. Y estas nobles y sencillas gentes, que siempre confiaron en él como en su auténtico salvador y defensor, me eligieron a mí como sucesora del jefe o presidente perdido. Así he sucedido a mi padre en el gobierno de la única ciudad viva de la Tierra, y me abruma esa responsabilidad tremenda, Dolph. Cuando ya había perdido toda esperanza, surgió Spyka con su premonición, su modo de «ver» en el pasado, de desdoblarse en el Tiempo y el Espacio…

—Ahora comprendo muchas más cosas, Saknya —dijo Dolph lentamente, mirándola con intensidad—. Tienes personalidad de reina, de mujer excepcional. Pero todo eso no me explica el porqué de vuestros temores… Resististeis hasta ahora, disponéis de mineral para seguir luchando, con esa barrera o campana invisible sobre la ciudad… ¿Qué clase de problema es el vuestro, aparte de tener que continuar virtualmente bloqueados, sitiados por la Energía viviente de «Ersu»?

—Falta por referirte lo más grave, Dolph querido —habló ella con voz grave—. Ese mineral que ves trasladar ahí, esas vagonetas de nuestro principal combustible, creador de la antienergía… *es el último de que disponemos. ¡La, mina, se ha agotado, Dolph!* En realidad, sólo nos queda una semana de vida… y al final de esa semana, «Ersu» habrá vencido en su lucha por aniquilar a la especie humana…

* * *

—El último mineral… Sólo siete días de vida… —Dolph Hazard

paseó ante la gran vidriera de una plataforma elevada, en la torre central de la ciudad. A su espalda, la hermosa Saknya le contemplaba, como si esperase que el joven extraño, el recién llegado al mundo alucinante del siglo XXV, pudiera resolver mágicamente aquel problema de vida o muerte—. Dios mío, Saknya, y ¿qué puede hacerse frente a eso? Cuando falte la barrera invisible, la Energía penetrará aquí en oleadas… Absorberá a todos.

—Sí, Dolph. Millones de burbujas azules como las que te atacaron a ti entrarán en la ciudad, devorándonos virtualmente… Quizá tú te salves, sin embargo. La Energía no puede conmigo. Quizá «Ersu» sea capaz de destruirte, pero si te ocultas…

—No me llamaste para eludir el peligro, ¿no es cierto? —habló Dolph, volviéndose.

—No, Dolph, eso es verdad. Espero mucho de ti. Confío en esa premonición de Spyka, nuestro «vidente». Pero quizá sea demasiado. Sin ese mineral, nadie puede hacer nada.

—Eso es. Por tanto… es necesario hacer lo que *sea ahora mismo*.

—*¿Ahora?* —se asombró Saknya.

—Sí, amor mío. Antes de que el mineral se agote.

—Pero ¿cómo? ¿En qué forma actuar?

—Eso es lo que todavía no sé. Sin embargo, debe de existir un medio de acabar con esa Energía. Hasta el invulnerable Aquiles, tenía un punto débil: su talón. Es preciso hallar el talón de «Ersu».

—Imposible —ella meneó la cabeza, desalentada—. No puede ser, Dolph. La Energía podría ser vencida. Tú solo lograrías aniquilarla, estoy segura. Como aniquilaste a las burbujas. Pero… mientras exista su cerebro, su nervio medular, su auténtica mente rectora, nada se puede hacer. Ni siquiera tú lo lograrías, Dolph… Es inútil.

Dolph entornó los ojos. Habló, excitado, tenso:

—¡Mientras exista su cerebro! —repitió las palabras de Saknya —. ¡Tú acabas de decirlo, Saknya!

—¿Yo?

—Sí, ¿no lo entiendes? La Energía no será vencida… mientras exista «Ersu». Por tanto, si queremos acabar con la Energía viviente…, acabemos antes con «Ersu».

—¡Imposible, Dolph! ¡«Ersu» forma parte de la Energía, va unido a ella, es elemento integrante de un todo armónico y homogéneo!

—Pues es preciso *descomponer* esa homogeneidad —dijo sombríamente Dolph Hazard, con expresión dura, resuelta—. Si existe una sola posibilidad de ello, la buscaremos. Y si «Ersu» es un núcleo inteligente de Energía, una especie de centro de un sistema solar energético…, *tiene que ser separado de ese sistema*, Saknya. Y creo que sé cómo hacerlo…

* * *

Ululaba un viento ardiente, un viento lúgubre y ominoso, barriendo en ramalazos inquietantes los grandes páramos, las desiertas planicies, calcinadas años atrás por la Energía dominadora, que todo pretendía destruirlo, desde la fabulosa Enerpolis, la ciudad luminosa, creada toda ella de Energía, formada por Energía su estructura y sus propios habitantes.

Los que parecían simples chispas de luz, reflejos en las brumosas capas del aire de un mundo casi muerto, como era la Tierra, al descender sobre el suelo calcinado, mostraron su auténtica naturaleza. Eran globos azulados, burbujas luminiscentes, que coronaban como raras cabezas flotantes, vidriosas, las crestas pedregosas, secas, ásperas, que rodeaban la ciudad dormida, solamente iluminada por halos de luz callejera, de un tono dorado, que mostraban el silencio y soledad absolutos de las vías urbanas.

Aquellos globos o burbujas carecían de ojos. Eran iguales a los que atacaron a Dolph Hozará, a su llegada a la Tierra en el siglo XXV. Sin embargo, parecían tenerlos porque mientras flotaban, danzando entre rocas, emitían vibraciones sutiles de luz, intermitencias parpadeantes, que daban la impresión de que captasen algo no visible para unos ojos humanos.

Las burbujas azules se agitaron, como movidas por una radiación colectiva de confusión, de sorpresa y júbilo a la vez. Un grupo de globos se desplomó silenciosamente, avanzando sobre la ciudad dormida. Planearon, a buena altura, ocultándose entre los jirones de niebla y de nubes.

Parecían auténticos exploradores, escudriñando algo a sus pies. Revolotearon, lo mismo que un puñado de viejos, inefables globos infantiles. Pero éstos poseían vida propia. Viraron rápidamente, como si ya supieran lo suficiente. Se desplazaron, como veloces

naves esféricas, luminiscentes, se reunieron con la masa de globos vítreos que vigilaban desde las rocas. Luego, todos juntos, como un alud de fantásticas aves sin alas, se perdieron en las brumas, apresurados por volver a alguna parte, mientras emitían ondas de Energía. Ondas informativas, dirigidas a un punto concreto: a su centro vital, a «Ersu». Aquellas ondas de Energía, de haber podido ser interpretadas por una mente humana, hubiesen sido traducidas de forma alarmante para Saknya y su ciudad.

> *Barrera antienergética desaparecida. Hornos de mineral antienergía, apagados. Paso franco a la ciudad. Podemos atacar inmediatamente. Agotaron mineral y carecen de defensas.*

Ése era el aviso enviado por medio de Energía Radiada. El aviso de los corpúsculos esféricos. Y en un lugar de Enerpolis… «Ersu» estaba recibiendo ya ese mensaje. El poderoso, cruel cerebro de la Energía viviente sabía ahora que podía invadir impunemente la ciudad donde Saknya luchaba heroicamente por defender el último reducto de la Humanidad.

La hora final se aproximaba. Ahora la Energía podía atacar. Y lo haría…

Las burbujas azules se perdieron en la distancia. Poco después descendían sobre Enerpolis, la portentosa masa luminiscente de cortinas de luz y energía se fundían en su mar de luz y poder…

Los nocturnos exploradores de la Energía de «Ersu» habían cumplido su misión.

* * *

—Ya llegan —dijo Dolph Hazard. Y su mano se cerró con fuerza sobre el brazo de Saknya—. Ahora… que Dios nos ayude, querida.

Ella, en la sombra, lejos de la luz que proyectaban los discos luminiscentes de la ciudad, le sonrió débilmente. El terror brillaba en sus ojos. Temía a «Ersu» y a su maligno poder, era evidente. Y Dolph, recordando su experiencia en Enerpolis, no podía reprochárselo demasiado, después de todo.

Ambos jóvenes, ocultos tras el edificio que les servía de refugio, vieron descender sobre la urbe las interminables hileras de globos azules, de chispas rojas, de ondulaciones cobrizas, de obleas anaranjadas… Era un festival diabólico de luces, de colores, de poderío luminiscente, concentrándose sobre la ciudad superviviente del planeta Tierra…

—Es la Energía —explicó inútilmente Saknya, con voz trémula —. La Energía, en todas sus diversas especies y condiciones: Térmica, Radiante, Calorífica… ¡Nos destrozarán a todos, Dolph, en los segundos que son necesarios para poner en marcha los hornos ultrarrápidos! ¡Es casi un minuto, en el que todo les será favorable!

—Lo sé, Saknya. Y ya hemos discutido eso —cortó Dolph duramente—. No hay otro remedio. Tú lo dijiste. Entre perecer hoy, o hacerlo dentro de siete días, tanto da. Y, después de todo, yo tengo facultades que vosotros no poseéis, los humanos de hoy día. Las utilizaré en algo mejor que escapar. Al menos, algo mucho más digno.

—Dolph, amor mío… ¿Es posible que te atrevas?

—Claro, pequeña. Tú déjame a mí. —Respiró con fuerza, inclinóse y besó los labios de la hermosa muchacha, mientras la orgía de luces lívidas, amenazadoras, sobre el cielo nocturno de la Tierra en agonía, se hacía cegadora, planeando ya sobre las calles, empezando a penetrar, a invadirlo todo.

—¡Ahora es el momento! —rugió Dolph en voz baja—. ¡Corre, Saknya! ¡Corre a poner en marcha los hornos, enseguida! ¡Avisa a la gente que espera! ¡Enseguida, o será tarde! ¡Esos malditos corpúsculos van muy deprisa…!

Saknya no perdió el tiempo. Sabía que era demasiado precioso, incluso en un simple segundo. Se lanzó a la carrera, vertiginosamente. Dolph Hazard la vio desaparecer por una calle inmediata, lanzada como una exhalación a través de la ciudad silenciosa.

Pero como tenía que suceder, inevitablemente, algunos de los corpúsculos de Energía viva, lo advirtieron. Descubrieron a Saknya lanzada en su carrera. Rápidamente, aquellas esferas luminiscentes se separaron del resto, precipitándose como proyectiles hacia la boca de la calle por donde ella huía.

Dolph había esperado eso. No emergió hasta el momento

oportuno. Cuando casi le cegó el brillo de las esferas luminosas, saltó como un tigre ante ellas, extendió sus brazos y cargó sobre ellas, con los puños cerrados, como si fuera a enfrentarse, cual nuevo Sansón, al ejército de filisteos.

Los impactos de los puños de Dolph, en la vítrea materia luminosa, hizo daño rápido y terrible. Sintiendo de nuevo aquel molesto cosquilleo, Dolph vio reventar, desaparecer, en chisporroteos fugaces, toda la formación de burbujas vivientes. Fue una auténtica «matanza» de estructuras de Energía.

Hubo un movimiento de retroceso, un revuelo en los agresores flotantes, al chocar con aquel humano que no era como los otros. El viento ardiente que les acompañaba, como un cortejo infernal, aulló con furia en las calles, barriendo miles y miles de formas luminosas… que se lanzaron como buitres sobre Dolph Hazard, para aniquilarle.

—Dios mío, ojalá sea cierto que soy invulnerable a esas materias… —musitó el joven, mientras su cabeza, sus pies y sus manos trituraban, pulverizaban materialmente a docenas y docenas de enemigos que, al evaporarse en el aire, no dejaban el menor rastro de su existencia.

La nueva oleada de energéticos, era como una nube de luz. Entornó los ojos, casi cegado. Pero no lo suficiente como para no cubrir la calle, y martillear inexorablemente sobre los enemigos alados.

Los resultados siguieron siendo asombrosamente eficaces. Dolph, mientras sentía estallar centenares de cuerpos vidriosos en el aire, a su solo contacto o saltando por docenas al recibir impactos formidables de sus nudillos, comprendió el afán de «Ersu» en evitar su llegada a aquel Tiempo. Era el peor enemigo para la Energía viva.

Pero el tiempo pasaba, y Saknya, aunque no llevaba enemigos en pos suyo, tenía que hacerse visible ahora. Dolph la descubrió, con el rabillo del ojo, y en tanto repartía mazazos a diestro y siniestro, convertido en un titán, frente al que nada podía la fuerza perversa de los entes energéticos de «Ersu»… Saknya estaba ya en una alta plataforma de la torre central. Agitaba frenéticamente sus manos a los que se hallaban dentro, el personal dispuesto por ella misma para accionar los controles de los hornos de combustión del

mineral antienergía.

Dolph sonrió, fieramente. Ahora, la parte final de la gran emboscada estaba en marcha. Pero aún tenía una esperanza: la de que alguien más llegase a la ciudad, a tiempo de caer en ella: ¡el propio «Ersu»!

Saknya se volvió a él, erguida su hermosa figura en la plataforma elevada, con expresión triunfal.

—¡Ya está, Dolph! —gritó—. ¡Todo resuelto!

Dolph asintió, sin dejar de combatir. Cuando una formación de corpúsculos se dirigía a donde estaba Saknya, Dolph puso en marcha su propio juego.

Saltó ágilmente, aferrándose a un saliente del edificio junto al cual se hallaba luchando. Colgó de aquel saliente en forma de tubo. Y la presión de sus manos bastó.

El tubo se destapó de súbito, mostrándose como un proyector, que emitió un chorro azul, llameante, sobre la formación ingente de las formas de Energía. Fue un destrozo brutal el que provocó. La llama azul, formada por la combustión de una parte de mineral antienergía, logró aniquilar en menos de dos segundos a millares y millares de globos, obleas y chispas de luz energética. Una confusión, un remolino de auténtico caos, se formó entre las materias «supervivientes»…

Saknya, allá arriba, sonrió, jubilosa. El plan de Dolph salía bien. Punto por punto, iba alcanzando sus objetivos. Dentro de la torre, ya subían los termo-graduadores de los hornos. Y cuando eso sucediera…

—¡Hemos vencido! —musitó Saknya—. ¡Hemos vencido, Dolph! ¡Tal y como se predijo!…

Volvióse, radiante, para volar junto a Dolph, para combatir junto a él, de la forma que podía hacerlo. Pero entonces descubrió el horror. Gritó, angustiada, trémula, palideciendo intensamente.

—¡Dios mío, no! —chilló—. ¡Eso no…!

Angustiada, miró hacia Dolph. Pero él no la atendía. Él estaba mezclado en la ruda pugna con los supervivientes del ejército de Energía, a los que destruía o dispersaba, en una derrota total, absoluta, demoledora.

¡Dolph Hazard no podría verlo! ¡Y ante Saknya, envuelto en el viento ardiente de Enerpolis…, *la roja forma poliédrica de «Ersu»*

avanzaba hacia ella!

* * *

Las ondas magnéticas de «Ersu», el poder inhumano, el bloque cerebral de la Energía que cobrara vida propia tiempo atrás, llegaron aterradoras hasta la joven Saknya.

—Estuviste a punto de lograrlo, maldita. Tu héroe casi me destruyó. Pero no contaba contigo. ¡Yo le atacaré a él… después de destruirte a ti! ¡Y si hemos de perecer…, seremos todos los que desaparezcamos!

Saknya grito, angustiada, retrocediendo hacia la torre, aunque sabía que eso era inútil. Cuando la forma roja, densa y gigantesca, capaz de pensar y de destruir, llegase a ella, la absorbería, destruyéndola.

Al llegar ante la torre, desesperada y acorralada por la forma atroz, que ya lanzaba sobre ella su rojo, incandescente resplandor, todavía miró una vez más hacia donde se hallaba Dolph. No le vio. Los corpúsculos huían ya, apenas reducidos a un centenar, como pajarillos enloquecidos y sin control. Dolph estaría intentando acabar con todos ellos, de alguna forma…, ignorando que ella estaba allí, a punto de perecer ante el pavoroso poder de «Ersu»…

—Dios mío, si al menos hubiera podido morir cerca de él… —susurró, irguiéndose con resolución, con heroica resignación ante su fin próximo—. Hubiera muerto feliz… ¡Adelante, «Ersu»! ¡No te temo, maldita bestia de la Ciencia! ¡Destruye, destrúyeme…!

Una carcajada metálica, espasmódica, formada de simples vibraciones metálicas de Energía, agrupadas por la mente inhumana de «Ersu», sonó en su cerebro. Luego el poliedro rojo avanzó, avanzó… Saknya sintió flaquear sus piernas…

Y, de repente, un fulgor vivísimo, azul, delirante, lo inundó todo sobre sus cabezas, en torno de ellos, brotando del suelo, de los edificios, por doquier. Fue como una gran brasa al caer sobre un polluelo.

El alarido metálico, espeluznante, formado por las ondas de «Ersu», estremeció todo el lugar. El poliedro cambió de color, se resquebrajó, en tanto la luz azul todo lo inundaba…

—¡La materia antienergía! —gritó ella, radiante—. ¡Los hornos funcionan! ¡La materia destruye a «Ersu»!

—¡Sí, Saknya! —Y la figura atlética, maravillosamente rápida, de Dolph Hazard, apareció a espaldas del poliedro en desintegración—. ¡La superacumulación de todo el mineral disponible, ha dado el resultado previsto, Saknya!

—¡Dolph, tú! ¡Estás aquí…!

—Claro, querida… —Y saltó como una fiera sobre los fragmentos del poderoso «cerebro de energía», que aún intentaban proyectarse, a la desesperada, con su última fuerza disponible, sobre la figura de la bella Saknya—. ¡Siempre estuve vigilándote… y vi a ese maldito «Ersu» atacándote!

Sus brazos martillearon los fragmentos de la materia de superenergía que se convirtiera, al poseer vida inteligente, en un auténtico monstruo artificial, creado por la propia materia que los humanos alimentaron para su beneficio.

Fue como golpear vidrio. Todo se hizo añicos, en tanto la luz seguía cegándoles con su resplandor fabuloso, brotando por doquier, como manantiales luminosos, convertida la antigua barrera protectora, por idea de Dolph, en una auténtica red magnética, en todas direcciones y sentidos, en varios niveles de situación…

«Ersu» se apagó, ante los ojos de Dolph y de Saknya, fijos en los residuos de la materia viviente aniquilada. Se quedaron solos, en medio del resplandor azul que todo lo inundaba, en lo alto de la plataforma de la ciudad superviviente.

—¡Hemos vencido! ¡Hemos vencido, Dolph! —Se lanzó en sus brazos—. ¡Y todo por ti!

—No, Saknya. No hemos vencido por nosotros —suspiró él—. Dios iluminó a tus adivinos, y al pobre de «Karwy», allá en mi época. Y Dios nos acompañó esta vez también. A Él debemos todo… como siempre fue, querida.

Se unieron sus labios en apasionado, cálido beso.

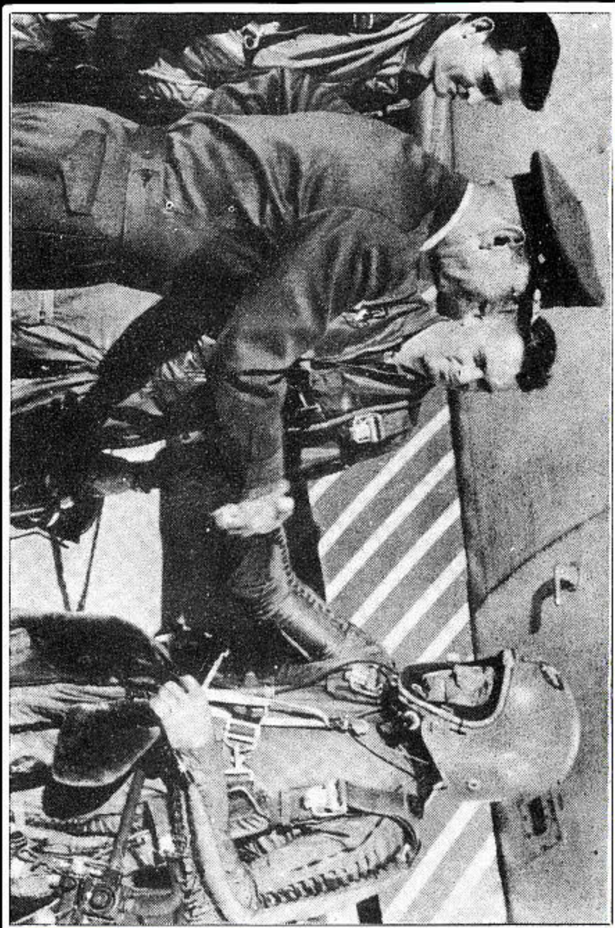
La gran trampa resultó. El duelo a muerte dio la vida al último reducto humano. Ahora, en las calles de la ciudad, liberada del terror y de la muerte, el clamor de mujeres y hombres supervivientes del gran caos del siglo XXV, acogían la victoria.

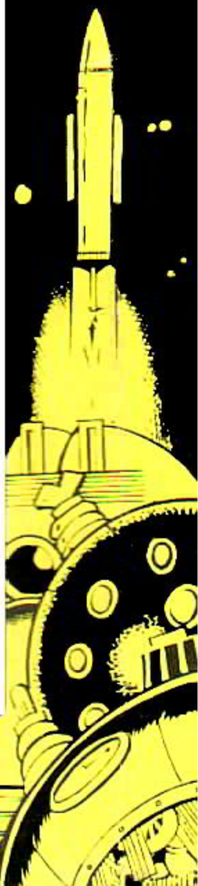
Y era el mejor coro a su amor. A un amor, capaz de vencer al Tiempo, de cruzar sus barreras.

Dolph Hazard había acudido a su cita en el mañana. Y el mañana, agradecido, le daba la más dulce, la mejor recompensa…

El amor de Saknya.







Escena de la película TOWARD TO UNKNOWN
(Warner Bros)

Precio en España: 7.- ptas.



ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.
Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] El procedimiento parece tener visos de realidad, incluso hoy día. La Ciencia lo admite como «factible». Y se están realizando experimentos técnicos y fisiológicos en la U. R. S. S. y en los Estados Unidos, sobre la «Suspensión Animada», que haría viajar al hombre a través de cientos de años-luz por los espacios siderales, sin envejecer. Pero cuando volviesen a la Tierra, por supuesto, se encontrarían con gentes que no conocían, y todos sus amigos, parientes y familiares llevarían cientos de años muertos… ¿Posible? Tal vez. Al menos, el camino está ya abierto hoy en día. < <